
THE MEGAN WADE SUGAR PROMISE
Es bonita y un pequeño dulce travieso...
Magdalena
MEGAN WADE

MAGDALENA

Curvas Dulces 10

MEGAN WADE

Derechos de autor © 2020 por Megan Wade

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de breves citas en una reseña del libro.

edición: More Than Words

Creado con Vellum

Creado con Vellum

ÍNDICE

1. Emmy
2. Drake
3. Emmy
4. Drake
5. Emmy
6. Drake
7. Emmy
8. Drake
9. Emmy
10. Drake
11. Emmy
12. Drake

Epílogo 1
Epílogo 2

Otras Obras de Megan Wade
Ponte en contacto con Megan Wade

EMMY

—Has elegido la mejor —le sonrío a la niña mientras saco con cuidado su magdalena de la vitrina de cristal. Escogió la que tiene generosos remolinos de glaseado morado brillante y está espolvoreada con purpurina comestible blanca como la nieve, dándole ese aspecto decadente y real. Coloco cuidadosamente el dulce morado en una caja rosa, la cierro y le pongo el asa antes de entregársela.

—Gracias —sonríe, y no puedo evitar devolverle la sonrisa al ver su dentadura incompleta con un amplio hueco donde deberían estar sus dientes delanteros. Su padre me entrega un billete de veinte dólares nuevo y niega con la cabeza cuando me dirijo a la caja registradora para darle el cambio.

—Quédatelo —sonríe, observando a su hija que equilibra cuidadosamente la bolsa en sus manos—. Le has alegrado el día. Esa magdalena es una monstruosidad. ¿La has horneado tú?

Agradecida por la propina, le doy las gracias antes de negar con la cabeza con pesar.

—Me temo que mi talento reside en convencer a la gente para que *compre* las delicias, no en hornearlas. Aunque estas magdalenas son tan bonitas que apenas necesitan argumentos de venta.

Todo esto es cierto. Las magdalenas que vende mi jefa, la señora Morgan, son preciosas y saben de maravilla. Su pequeña pastelería junto al paseo marítimo siempre está llena, y ella se desvive por mantener sus vitrinas abastecidas con un flujo constante de productos horneados. El negocio ha ido tan bien que está pensando en abrir un segundo local, y ahí es donde entro yo. Soy uno de los aproximadamente doce puestos temporales instalados por toda la ciudad —en el centro comercial, parques y otros puntos gastronómicos— para medir el interés y la demanda y así poder decidir en qué dirección expandirse.

—Estoy de acuerdo. Mi hija las vio desde varios metros de distancia y estaba desesperada por hacerse con una.

Vuelvo a sonreír al hombre.

—¿Está seguro de que no quiere una para usted, señor? Tenemos una magdalena de snickerdoodle que está para morirse. El otro día me comí una a escondidas y, déjeme decirle, fue lo más cerca que he estado de probar el cielo. No es demasiado dulce, con solo un toque de canela.

Me paso inconscientemente la mano por mis abundantes caderas, suspirando para mis adentros. Esa magdalena no es lo único que he comido en las últimas dos semanas que he trabajado aquí, y estoy bastante segura de que mi trasero en expansión es un testimonio de ello.

—¡Vamos, papi! Cómprate una azul —la niña da saltitos, su entusiasmo es contagioso mientras se ríe mirando a su padre. Por supuesto, él cede. Es decir, ¿quién puede decirle que no a una niña con coletas rizadas?

—No se arrepentirá —digo mientras saco la magdalena de snickerdoodle—. ¿Y qué tal si sorprende a su esposa ya que está? —sonrío con picardía, y el hombre suelta una carcajada antes de comprar amablemente una magdalena de caramelo salado para "la señora".

—Si no tengo cuidado, me convencerás para que compre una para nuestro perro —se ríe, antes de entregarme otro billete por las magdalenas, dejando de nuevo una generosa propina. Toma la caja y, aún sonriendo, se despide, mientras la niña se despide con la mano por encima del hombro. Le devuelvo el saludo, con las mejillas doloridas por mi "sonrisa de atención al cliente". La he estado mostrando todo el día, y si no tengo cuidado, el viento cambiará y me quedaré así para siempre, sonriendo maníacamente por el resto de mi vida. Pareceré el Joker.

Una vez que doblan la esquina, dejo de sonreír y estiro las mejillas, mirando la vitrina de cristal que contiene las magdalenas. *Una, dos, tres... catorce... veinticuatro.* Hay exactamente dos docenas y faltan poco más de dos horas para que cierre el centro comercial y tenga que cerrar el puesto temporal. *No está mal, Emmy Townsend*. Pero todavía hay dos docenas de magdalenas que se interponen entre yo y esa bonificación que la señora Morgan promete por cada día que logro vender todo el stock de dulces. No es mucho, pero equivale a dos horas extra de paga. Eso significa que si me esfuerzo al máximo y consigo esa bonificación todos los días, tendré un día extra de paga al final de la semana, no está nada mal, ¿verdad? Hasta ahora he logrado llevarme la bonificación casi todos los días. Excepto el lunes pasado, cuando me quedaron seis. Hice un cálculo rápido para ver si valdría la pena comprar esas seis magdalenas yo misma para obtener la bonificación. Lamentablemente, habría perdido dinero de esa manera. ¡Estas lindas magdalenas son caras!

Por suerte, me permiten llevarme una a mitad de precio cada día, así que he podido probar los deliciosos productos con descuento. Me sentiría culpable si no sintiera que equivale a una investigación de producto necesaria para hacer bien mi trabajo.

Además de mi dinero de "investigación", cada centavo que gano va a mis ahorros, aunque no hay mucho "ahorrado" allí. Casi cada centavo sale inmediatamente de nuevo para las facturas médicas de papá, los servicios públicos y ese maldito coche que me prestó el mes pasado después de que el mío muriera. Me gustaría ahorrar para un pequeño y lindo Honda con gran rendimiento de gasolina, pero hasta que pueda ponerme al día con las facturas regulares, tendré que conformarme con el viejo Chevy de papá. Esa cosa consume gasolina más rápido de lo que yo como magdalenas, ¡y eso ya es decir!

Dejando escapar un suspiro, echo un vistazo alrededor, buscando clientes potenciales; puedes encontrarlos por el brillo hambriento en sus ojos cuando miran en mi dirección. Son bastante fáciles de atraer, pero me doy cuenta de que quizás tenga que trabajar un poco más duro esta tarde cuando pasan unos minutos y nadie se molesta siquiera en mirar la exhibición de magdalenas. Me apoyo en el lateral de la caja registradora, observando distraídamente a la gente ir y venir con sus asuntos cuando lo veo.

Me pongo erguida y respiro hondo porque caminando hacia mí —con un andar largo y fluido para alguien tan alto y grande como él— viene un hombre que solo puede describirse como un zorro plateado. *Señor, qué guapo es*. Lo miro descaradamente, admirando la amplitud de sus hombros y su apariencia general. Es a la vez rudo y elegante. Y mientras se acerca, sus ojos se posan en el puesto emergente, justo antes de encontrarse con los míos. Dejo de respirar por completo. Tiene la mirada más penetrante, sus ojos de un azul acerado que contrastan perfectamente con las motas plateadas en su cabello oscuro y abundante. A pesar del traje caro, da la impresión de que trabaja más con sus manos que sentado frente a una computadora. Su piel parece bronceada, y su mandíbula está cubierta por una sombra de barba sal y pimienta que de

alguna manera lo hace lucir aún más atractivo de lo que se vería afeitado.

Supongo que tiene lo que mi difunta abuela habría llamado "un aire". *Que en paz descanse*. Y si aún estuviera con nosotros, mi abuela también me estaría dando codazos, instándome a llamarlo. —Nunca se sabe cuándo encontrarás a tu media naranja —diría ella. No es que piense que este tipo podría ser mi *media naranja*, pero extraño a la abuela y su eterno optimismo. Así que con ella en mente, me inclino sobre el mostrador y le grito a través del centro comercial.

—¡Oiga, señor, espero que tenga un diente dulce porque tengo una oferta que no podrá rechazar!

DRAKE

—¿Una oferta, eh? —Una sonrisa tira de la comisura de mi boca mientras mis pies alteran mi rumbo y me llevan directamente hacia la chica alta y curvilínea que está de pie en la pastelería ambulante de color rosa pastel y turquesa. Es preciosa. Un festín para mis ojos cansados. He pasado la mitad del día intentando convencer al gerente del banco de que mi idea de expansión vale la pena, pero está tan obsesionado con los números y el riesgo que estoy a punto de mandarlo todo al carajo. Sin embargo, ver a esta belleza haciéndome señas para que me acerque me ha animado lo suficiente como para encontrar la energía necesaria para seguir adelante. Es interesante ver lo rápido que un día de mierda se vuelve bueno cuando hay una chica guapa de por medio.

A medida que me acerco, sus ojos se agrandan, casi como si no esperara que realmente me acercara. Mis labios se curvan un poco, y luego se ensanchan cuando sus cálidos ojos color canela me recorren de pies a cabeza.

Vaya, vaya. Parece que el interés es mutuo.

Me detengo a apenas un par de pies de distancia, siendo el pequeño mostrador lo único que me impide acercarme lo suficiente como para tocarla. Aun así, el aroma cálido y embriagador de la vainilla llena mi nariz, y puedo darme cuenta al instante de que no proviene de las magdalenas, sino de esta chica.

—Muy bien. Muéstrame lo que tienes —digo, sonriendo mientras ella inclina la cabeza hacia atrás y me mira. Sus gruesas ondas de color ébano caen de sus hombros como una cortina abierta mientras me estudia con curiosidad en la mirada. Es alta, mucho más alta que la mayoría de las mujeres, y también que los hombres, pero yo soy más alto. La parte superior de su cabeza apenas llega por debajo de mi barbilla.

—¿Disculpa? —Sus cejas delicadamente arqueadas se fruncen mientras levanta una mano para ajustar esa exuberante melena de pelo oscuro, echándola toda sobre un hombro. Por loco que parezca, mis manos automáticamente sienten el impulso de enredarse en ese pelo, atraer su rostro hacia arriba y llevar esos labios carnosos a los míos. La atracción que siento por esta chica es instantánea, y al mirar su rostro, noto el ligero rubor que tiñe sus mejillas mientras me devuelve la mirada.

—¿No me prometiste una oferta que no podría rechazar?

—¿Una qué?

Reprimiendo una sonrisa, inclino la cabeza hacia la vitrina.

Ella parpadea, una, dos veces, y de repente, el tono rosado se convierte en un rojo intenso mientras se sonroja y aparta la mirada, dando un pequeño paso atrás y levantando una caja rosa de pastelería de la pila a su izquierda.

—Sí. La oferta. —Cuadra los hombros y se aclara la garganta, y cuando vuelve a mirarme, me sorprende gratamente que no quede rastro de su incertidumbre anterior. En su lugar, hay una sonrisa dulce y cautivadora—. Como estamos cerca de la hora de cierre, puedo ofrecerte las últimas dos docenas de magdalenas a precio de ganga. Llévalas de vuelta a la oficina y tus empleados serán plastilina en tus manos.

—¿Qué te hace pensar que tengo empleados? —Tiene razón, pero me interesa saber cómo llegó a esa conclusión.

—Tienes un aire que es dominante pero accesible. Por eso sé que eres el tipo de jefe al que le gusta incentivar a sus empleados. Y un trabajador feliz es un buen trabajador, ¿no es así?

—Tienes toda la razón. —Sonriendo, asiento, disfrutando completamente de su discurso. No puedo evitar maravillarme de su compostura y de lo rápido que fue capaz de recuperar el control y volver al juego.

Ella me devuelve la sonrisa, y me deslumbra. —Bien. Entonces, ¿qué será, señor...?

—Grant. Mi nombre es Drake Grant.



QUINCE MINUTOS DESPUÉS, salgo del centro comercial con una gran bolsa de papel en la mano. Dentro hay una caja grande con dos docenas de magdalenas, cuidadosamente empaquetadas y selladas. No he comprado una magdalena en... una eternidad. Y tampoco planeo comerme una de estas. Pero esa chica... creo que podría vender crema solar en medio de una tormenta.

Me río por lo bajo, todavía sin poder creer que me haya convencido de comprar las veinticuatro magdalenas. Incluso me convenció de dejar una buena y generosa propina. *Me engatusó*, sería más apropiado decir. Y si soy completamente honesto, disfruté cada minuto.

—Esas dos son de sabor chicle con un centro de malvavisco y chispas de colores encima, pero creo que tus favoritas serán esas de chocolate espolvoreadas con migas de galleta. —Había hablado con tanta animación mientras me lanzaba una mirada risueña por encima del hombro y se inclinaba para buscarme una caja más grande para poner las malditas magdalenas. Había estado tan distraído por la vista de su exuberante trasero que simplemente asentí. Probablemente habría comprado cuatro docenas de magdalenas en ese momento. Demonios, la chica ya me había convencido de comprar chicle y chispas. Y odio el chicle y las chispas.

Apenas puedo contener la risa que brota, y haciendo caso omiso de las miradas extrañas que me lanzan, levanto la bolsa más cerca, chispas de colores y todo, y cruzo la calle para bajar la manzana hasta mi edificio.

—Señor Grant. —El portero se apresura a abrirme la puerta.

—Hola, Pops. —Le sonrío y recibo una sonrisa sorprendida pero tentativa a cambio. Siempre me aseguro de saludar a Pops, y a Fred, el otro portero, pero dudo que alguna vez les haya sonreído; siempre tengo algo en mente. Pero hoy, me siento en la cima del mundo. *¡Tengo chispas de colores, maldita sea!*

Sonriendo aún más, acelero el paso y prácticamente corro por los cortos escalones, paso la recepción, atravieso la sala de exposición que ocupa la planta baja de mi empresa de detallado de coches, y subo en el ascensor hasta mi oficina.

Lo que comenzó como un trabajo a tiempo parcial en mi garaje se ha convertido en algo más grande de lo que jamás imaginé, con varias tiendas de detallado y una gama de productos de cuidado de coches de marca que se venden en tiendas de todo el país y en línea. Resulta que a la gente realmente le encanta limpiar sus coches, y he construido un imperio a partir de ello.

Salgo del ascensor y abro la puerta de mi piso, haciendo un desvío hacia la cocina de la oficina. Una vez más, tengo que luchar contra una sonrisa mientras veo la boca de una becaria abrirse de par en par al ver la gran caja de magdalenas que coloco cuidadosamente en el mostrador.

—Esa es de chicle con centro de malvavisco y chispas de colores —le informo, y sus ojos se abren como platos como si hubiera hablado en klingon. Imperturbable, me doy la vuelta para irme, pero me detengo y vuelvo a mirar las magdalenas. Creo que no he comido una desde que era niño...

¿Qué diablos, por qué no?

Agarro la de chocolate con migas de galleta que sugirió la chica de las magdalenas y salgo de la cocina hacia mi oficina. Ignoro las miradas curiosas y divertidas que recibo de mis empleados, con mi magdalena en la mano mientras cierro la puerta detrás de mí y me acomodo en mi silla.

Con cuidado, quito el envoltorio y doy un pequeño mordisco. Chocolate rico, oscuro y amargo. Sonriendo, doy un mordisco más grande y, para mi sorpresa, el caramelo pegajoso llena mi boca, la dulzura salada es un alivio extrañamente satisfactorio de la densidad del chocolate negro.

Vaya, caramba. Esta chica no solo conoce su producto, sino que también puede leer a su cliente. Voy a tener que volver al centro comercial mañana y ofrecerle un trabajo conmigo.

Sé reconocer el potencial cuando lo veo, y esta chica tiene montones. Ciertamente, es potencial en bruto, pero con algunas lecciones y un poco de dirección, podría ser la próxima... Me detengo mientras mi mente se llena con la imagen de sus curvas dulces. Más dulces que las magdalenas que me convenció de comprar.

Probablemente le doblo la edad. Pero tengo que tenerla, como empleada, preferiblemente como amante. Pero de una forma u otra, será mía. No tengo ninguna duda sobre eso.

EMMY

Tarareando para mí misma, me dedico a preparar todo para el día, inhalando profundamente mientras levanto las tapas de las cajas apiladas llenas de filas y filas de magdalenas, porciones de tarta, galletas tan grandes como mi cara y, por último, cake pops. Amo y odio esta parte de mi trabajo: descargar las golosinas cada mañana y colocarlas. Se me hace la boca agua mientras dirijo una mirada llena de deseo a los productos horneados bellamente decorados. Inevitablemente, termino cogiendo una magdalena, la de doble chocolate con centro de caramelo salado que me encanta y que le recomendé al zorro plateado ayer.

Me causó tal impresión con sus ojos brillantes y su deslumbrante sonrisa que anoche tuve algunos sueños particularmente traviesos con él. Vaya, creo que renunciaría a esta magdalena celestial por la oportunidad de llevar a cabo algunas de las ingeniosas cosas que estaba haciendo con su lengua. ¡Mmm, mmm y *mmm!*

Suspiro, en parte por culpa y en parte por placer, mientras me conformo con la magdalena en lugar del hombre —que definitivamente es demasiado mayor para mí, que tengo diecinueve años, de todos modos— y le doy un mordisco al esponjoso manjar, sintiendo cómo el caramelo se derrite en mi boca. Mientras disfruto del intenso sabor, meto la mano en mi delantal y saco suficiente dinero para cubrir mi desayuno azucarado, depositándolo en la caja registradora. Tengo la sensación de que la señora Morgan me dejaría probar las magdalenas gratis con gusto, pero me sentiría culpable haciéndolo, así que mi descuento de empleada es regularmente la primera venta del día.

Aunque totalmente vale la pena. Dando otro mordisco, cierro los ojos, saboreando el sabor mientras me apoyo contra el mostrador y suspiro una vez más. Estoy bastante segura de que suena más como un gemido, pero ¿a quién le importa realmente? De todos modos, nunca hay nadie en el centro comercial tan temprano.

—Es del mismo tipo que comí ayer —suena una voz profunda y familiar—. Y tenías razón, era exactamente el sabor que prefiero.

Sobresaltada, abro los ojos de golpe y los agrando al ver al guapo espécimen parado frente a mí, sonriendo: el hermoso señor Drake Grant de ayer. Parpadeo dos veces para asegurarme de que esto no es mi sueño volviendo a mí durante el día. Pero cuando continúa mirándome, me doy cuenta de que esto está sucediendo realmente. Pero, ¿por qué está aquí?

Colocando mi mano sobre mi boca llena de dulce, le devuelvo la mirada mientras intento masticar y tragar. Lo último que necesito ahora es intentar sonreírle con los dientes llenos de chocolate y caramelo. ¡Así no es como iba mi sueño en absoluto!

¡Señor! ¡Sálvame de mí misma!

Pasando la lengua por mis dientes y finalmente por mis labios para eliminar cualquier miga,

levanto un dedo y coloco la magdalena medio comida sobre una servilleta. Mientras hago una última comprobación con mi lengua, noto cómo sus ojos azul acero bajan hacia mi boca y su mandíbula se tensa. ¿Parece enojado? *Oh, mierda. Creo que está enojado.*

¡Maldita sea! Debe haberse dado cuenta de que la "oferta" de la que le hablé ayer no era una oferta en absoluto. Le cobré el precio completo por cada una de esas dos docenas de magdalenas.

Cogiendo otra servilleta, me limpio la boca y luego la tiro a la basura antes de volver a mirarlo y cuadrar los hombros. *Es hora del espectáculo.*

—Ahora, antes de que digas algo —comienzo, tratando de que su mirada penetrante no me desarme—. En ningún momento te dije que te estaba haciendo un descuento. Indiqué el precio, alto y claro, y tú aceptaste. Así que no hay arrepentimiento del comprador aquí. Compraste y pagaste las magdalenas de manera justa y clara. —Asiento para enfatizar, con las manos en las caderas en una postura desafiante.

Al igual que antes, cuando su mirada bajó a mi boca, sus ojos caen a las manos en mis caderas y se toman su tiempo en volver a mirar mi cara. Su boca está temblando y sus ojos están llenos de... ¿alegría? Confundida, parpadeo e inclino la cabeza para mirarlo de nuevo.

—No estoy aquí por las magdalenas —responde, con un tono divertido.

—¿No? —pregunto, un poco insegura ahora.

Niega con la cabeza.

—Estaban bien. Más que bien, en realidad. Mi secretaria me dice que fueron un gran éxito en la oficina. Habían desaparecido cuando volví a la cocina una hora más tarde.

Aliviada, le sonrío.

—Bueno, ahí lo tienes. ¿No te dije que una docena no sería suficiente?

Inclina la cabeza, sonriendo.

—Lo hiciste.

Aún sonriendo, camino detrás del mostrador y cuidadosamente levanto una caja y la coloco en la superficie.

—Entonces, ¿qué tal otra ronda para tus colegas?

Su profunda risa en respuesta me provoca un escalofrío por la espalda. No puedo evitar sentir una sensación vertiginosa de alivio, y una sensación aún más vertiginosa de placer al verlo de nuevo.

¿Y qué tan sexy es esa risa?

—No estoy aquí para comprar más magdalenas —dice, todavía sonriendo.

—¿No? —pregunto, completamente confundida. Si no está aquí para regañarme por cobrarle el precio completo, y no está aquí para comprar más, entonces ¿por qué está aquí?

—No. Estoy aquí para verte. —Se acerca más y capto el aroma de su colonia, un olor profundo y picante que casi puedo saborear en mi lengua.

—*¿A mí?* —me sorprendo—. ¿Por qué demonios vendrías aquí solo para verme?

Sonríe, y hay algo en la forma en que me mira que hace que mis rodillas luchen por soportar mi peso.

—Me di cuenta de que nunca pregunté tu nombre.

—¿Mi nombre? Oh. Es Emmy.

—¿Tienes un segundo nombre, Emmy? —Su sonrisa se ensancha, y ahora mis ovarios están temblando junto con mis rodillas. Si esa sonrisa suya se hace más grande, ¡terminaré embarazada por su culpa!

—Lo siento. —Me paso una mano avergonzada por el pelo, echándomelo sobre el hombro—. Es Townsend. Emmy Townsend.

—Encantado de conocerte, Emmy Townsend. ¿Cuánto tiempo estarás trabajando aquí? —pregunta, señalando el puesto temporal.

—Cerramos al final de la semana. Pero si quiere hacer un pedido de magdalenas o un pastel, la pastelería de la señora Morgan está justo...

—No quiero hacer un pedido —niega con la cabeza.

—Oh. Bueno, entonces, ¿qué desea? —Mi ceño se frunce confundido, mi mente demasiado temerosa para aventurar una suposición sobre lo que realmente quiere de mí.

—A ti, Emmy Townsend.

Mi respiración se entrecorta y estoy casi segura de que dejo escapar un pequeño chillido ante sus palabras.

Presiono mi dedo índice contra mi pecho.

—¿Me quiere... a mí?

—Sí. —Sin apartar sus ojos de los míos, mete la mano en su chaqueta y saca una tarjeta—. Quiero que trabajes para mí. —Desliza su tarjeta sobre el mostrador hacia mí, su sonrisa ahora reemplazada por una mirada bastante intensa.

—En, um... ¿qué capacidad? —pregunto, luchando por mantener mi voz firme ya que esos ojos suyos tienen mis bragas en *llamas*. Me pregunto si esto es algún tipo de propuesta indecente o una oferta de trabajo real. De cualquier manera, mi respuesta probablemente sea un rotundo sí. Demonios, me entregaría a él gratis...

—Sé reconocer a una buena representante de ventas cuando la veo, Emmy. Le vendiste dos docenas de magdalenas a un hombre que no puede recordar la última vez que comió una. Así que quiero que vengas a trabajar para mí. Te haré empezar con algo de entrenamiento, y luego veremos cómo vas ascendiendo.

Mi boca se abre, pero me apresuro a cerrarla. Esta es la propuesta más *decente* que podría haber imaginado. En realidad, es *demasiado* buena. No estoy cualificada.

—Señor... Sr. Grant, me temo que no... Debería saber, apenas estoy trabajando en mi GED. Tuve que dejar la escuela secundaria, y no tengo ninguna formación adecuada. —Mi barbilla se levanta un poco desafiante—. Estoy trabajando en ello, sin embargo. Tomo clases nocturnas tres veces por semana, y una vez que tenga mi GED, comenzaré a solicitar la universidad. Yo... tengo metas —suelto, bajando mis ojos de los suyos mientras explico mi situación.

Hay un momento de silencio, donde él no habla, y me niego a levantar la mirada. *Genial. Eso es todo entonces.* Pero luego su gran cuerpo aparece en mi línea de visión, y su dedo se curva debajo de mi barbilla, levantando mi rostro para mirarlo. Sus ojos penetran en los míos, y mi respiración se entrecorta de nuevo.

—¿Pensaste que eso me haría pensar menos de ti? —pregunta, y me encojo de hombros, sorprendida de que este hombre esté tocando mi rostro en absoluto, y un poco demasiado sobresaltada para responder—. Bueno, no es así. Creo que es encomiable que estés trabajando duro y que quieras terminar la escuela, Emmy. No creo que necesites un título elegante en Marketing para ser buena en tu trabajo. Yo no tengo ningún título en absoluto. Y eso no me impidió construir un imperio.

Mis ojos se dirigen a los suyos.

—¿En serio?

—En serio —confirma, lamentablemente soltando el agarre que tiene en mi barbilla—. Entonces, ¿me llamarás una vez que tu trabajo aquí haya terminado?

—Sí. —Dejo escapar una risa incrédula mientras asiento—. Sí. Definitivamente te llamaré.

—Bien. Porque si no lo haces, te buscaré. —Me da una mirada significativa, y no tengo duda

sobre la seriedad de sus palabras.

—Definitivamente llamaré —le aseguro.

—Entonces espero un largo futuro juntos —dice, dándome lo que parece una sonrisa *muy* íntima. Pero seguramente eso es solo un pensamiento ilusorio... ¿verdad? Es decir, un hombre tantos años mayor que yo no podría estar interesado en mí de esa manera, ¿no? ¿No cuando acaba de ofrecerme un trabajo?

—Eh, yo también —digo, tomando la tarjeta del mostrador y estudiando las letras negras y doradas: Drake Grant, CEO, Productos de Detallado y Cuidado de Automóviles Grant.

—No la pierdas. —Toca el borde de la tarjeta mientras se aleja—. Nos vemos pronto, Emmy.

—Así será —digo, una sonrisa deslizándose por mis labios mientras lo veo cortar hábilmente a través del centro comercial abarrotado. *Esos pantalones realmente abrazan bien ese trasero suyo...*

Cuando está fuera de vista, suelto el aliento que no me había dado cuenta que estaba conteniendo y vuelvo a mirar la tarjeta. Quién hubiera pensado que vender magdalenas llevaría a un trabajo vendiendo productos de cuidado de automóviles y una escalera profesional.

Deslizo la tarjeta en mi sujetador para guardarla. Definitivamente veré al sexy CEO más pronto que tarde. Esta es una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar.

DRAKE

—¿Señor Grant? —La voz de Alice, mi secretaria, se filtra a través del intercomunicador, obligándome a levantar la vista de los papeles esparcidos sobre mi escritorio, un poco molesto. Es la segunda vez que me interrumpen en la última hora, la anterior siendo una llamada inesperada —y sin programar, debo añadir— que tuve que atender de un gigante de los supermercados que insistía en que un pedido nunca había llegado cuando ya habíamos confirmado que sí. A veces la gente solo busca descuentos y reembolsos que no merecen.

Resistiendo el impulso de gruñir, paso una mano frustrada por mi cabello y presiono el botón para responder. —¿Qué es *esta* vez?

—Hay una señorita Townsend aquí para verle. No tiene cita, pero tiene su tarjeta e insiste en que usted personalmente le ofreció un trabajo.

Sonrío. Ahora esta es una interrupción que estoy más que feliz de atender. Esperaba que me llamara. Pero una visita personal es mucho mejor.

—Haga pasar a la señorita Townsend de inmediato, por favor, Alice. —Suelto el dedo del dispositivo y me recuesto en mi silla, con los ojos fijos en la puerta.

Emmy Townsend está aquí. Ha pasado una semana desde que la vi. Una semana entera donde he tenido que conformarme con solo el recuerdo de su hermoso rostro en forma de corazón. He estado como un adolescente enamorado, a menudo encontrándome revisando mi teléfono para ver si tenía una llamada perdida o un mensaje de ella, todo mientras lidiaba con un sentimiento de aprensión poco familiar de que podría no llamar en absoluto. Algo a lo que no estoy acostumbrado en mi vida.

Pero al final del día, sabía que necesitaba el trabajo que le estoy ofreciendo. Había visto un hambre en sus ojos durante nuestro primer encuentro, un hambre que recuerdo haber visto hace mucho tiempo, reflejada en el espejo cuando comencé mi negocio de detallado de autos y mi sede era la parte trasera de mi garaje. Había visto en ella ese deseo insaciable de triunfar, y sabía sin duda que haría cualquier cosa para llegar allí, incluso aceptar una oferta de trabajo de un extraño.

Un extraño que claramente luce una erección cada vez que estoy a distancia de olfatear a la chica. Sigo tirando de esa cosa hasta dejarla en carne viva, pero cada vez que pienso en esas curvas exuberantes y ese cabello oscuro y grueso, vuelvo a estar duro como una roca, palpitando por ella. *Es oficial, soy un viejo verde.*

Maldiciendo la tienda de campaña en mis pantalones, me acomodo en mi asiento mientras esa punzada de decepción me golpea cuando inevitablemente me recuerdo la gran diferencia de edad —un abismo, realmente— que existe entre nosotros. Incluso su nombre, *Emmy*, suena como si perteneciera a la escuela secundaria. Para ella, probablemente soy estirado y viejo. Y

ahora va a entrar aquí y me verá sentado detrás de un gran escritorio de roble, y pensará que le recuerdo más a un director de escuela que a un interés amoroso.

¿Interés amoroso? Joder, incluso mis pensamientos suenan estirados.

Gruñendo un poco, me apresuro a recoger los papeles de mi escritorio y los dejo caer en un cajón.

—¿Estoy interrumpiendo? —La voz de Emmy hace que mi cabeza se levante de golpe mientras cierro el cajón de un golpe, rozando por poco la punta de mi dedo.

—En absoluto. Pase. —Es quizás aún más hermosa de lo que recuerdo, dolorosamente joven y sin saberlo bella.

Su cabello oscuro está recogido en lo que supongo la mayoría de las mujeres llamarían un moño elegante, pero al instante, quiero alcanzarla por detrás, quitar las horquillas que lo mantienen en su lugar y ver sus gloriosas ondas de ébano caer por su espalda. Su falda azul oscuro y su blusa abotonada color crema son simples y eficientes, y aprecio que se haya esforzado por vestirse 'corporativa' como lo llama mi madre, pero todo en lo que puedo pensar son esas largas piernas en los jeans que se ajustaban a su trasero que había visto en el centro comercial.

—Sorpresa. —Levanta las manos antes de caminar hacia adelante, con una pequeña sonrisa fija en su rostro.

—Creí haberte dicho que llamaras —digo, hipnotizado por la forma en que sus caderas se balancean con cada paso. Su sonrisa vacila, pero me da un pequeño encogimiento de hombros mientras se para a unos metros del escritorio. *Pensándolo bien, me gusta en esa falda. Más fácil inclinarla sobre mi escritorio y hacer mil cosas inapropiadas con ella...*

—Me desconectaron el teléfono a principios de esta semana —admite, luciendo un poco avergonzada. Y de repente me siento como un idiota por pensar con mi... eh... *pene*—. No tuve la oportunidad de ponerlo en funcionamiento de nuevo. Así que pensé en venir a verlo en persona en su lugar.

—Lamento oír que estabas teniendo problemas con tu teléfono.

—Sucede de vez en cuando. —Abriendo su bolso de cuero sintético, saca una carpeta de plástico—. Traje mi currículum. Está lleno de trabajos ocasionales que no duraron particularmente. Pero si hablaba en serio sobre contratarme como representante de ventas... —Se interrumpe, ahora luciendo un poco insegura. Levanto mi mano y le hago señas para que se acerque, indicando que quiero ver el currículum yo mismo.

—Está realmente ocupado, ¿verdad? —dice mientras me lo entrega pero no lo suelta—. Lo siento, debería haber usado un teléfono público y llamado. —Puedo ver cómo sus nudillos se blanquean mientras aprieta el archivo—. Probablemente se supone que debe estar de camino a una reunión o algo así. Incluso escuché a Alice —señala con el pulgar hacia la puerta— confirmar una reunión con un cliente justo ahora para más tarde en el día mientras estaba afuera. No me di cuenta de que usted era el jefe cuando nos conocimos, señor Grant. No es frecuente que una chica tenga la oportunidad de vender un montón de magdalenas a un auténtico director ejecutivo de su propia compañía. Sabe, lo busqué en Google después de que me dio su tarjeta, leí todo sobre usted y su empresa. Cómo empezó pequeño y lo convirtió en... bueno... *esto*. Y sé que mi currículum es como, el peor currículum que existe, pero estoy agradecida por la oportunidad, de verdad. Si tan solo pudiera darme una oportunidad.

—¿Por qué no se sienta, señorita Townsend? —Colocando mi mano libre sobre la suya, separo sus dedos y deslizo el currículum de entre ellos. Ella retira su mano con un jadeo y susurra 'Lo siento', mientras se deja caer en la silla al otro lado de mi escritorio, el pulso en el

hueco de su garganta latiendo rápidamente por sus nervios. Presiono el intercomunicador—. ¿Puedo conseguir algo de agua para la señorita Townsend, por favor, Alice?

—Por supuesto, señor —dice Alice, su voz crepitando ligeramente a través de la línea digital —. Enseguida.

Suelto el dedo, me levanto de la silla y rodeo el escritorio, apoyándome en el borde para sentarme frente a ella. Tener el gran escritorio entre nosotros se siente demasiado formal. Pero entonces surge el problema de tener esa boca provocativa casi alineada con mi... Aparto rápidamente esa imagen de mi mente.

—Su agua —dice Alice, abriendo la puerta de mi oficina con una botella de agua fría en la mano. Emmy la acepta con gratitud, rechaza el ofrecimiento de un vaso y bebe con avidez mientras Alice nos deja solos de nuevo.

Los ojos grandes de Emmy vuelven a los míos mientras termina lentamente la botella. Espero hasta que acaba de beber antes de hablar.

—Me alegro de que haya venido, señorita Townsend —digo, tomando la botella vacía de sus manos y colocándola a mi lado—. Demuestra iniciativa. Y grandes habilidades para resolver problemas. Las necesitará trabajando aquí. —Levanto su currículum y empiezo a hojearlo. Y tal como señaló durante su adorable divagación, ha tenido muchos trabajos en los últimos años, pero ninguno duró más de unos meses—. ¿Elige a propósito trabajos de corta duración? ¿O tiene problemas para mantener sus puestos a largo plazo? —Recuerdo nuestra conversación en el centro comercial cuando me explicó cómo compaginaba el trabajo y las clases nocturnas.

Me da una media sonrisa. —Un poco de la columna A y un poco de la columna B. Nadie quiere contratar a alguien sin diploma de secundaria para un trabajo cualificado —explica, señalando la página que estoy mirando—. Y los que lo hacen no planean pagar mucho. Me esfuerzo mucho... quiero decir, trabajo muy duro en todos los puestos que he tenido, pero a veces no lo reconocen, y me voy o me piden que me vaya. No sé. Supongo que soy un poco impetuosa, intentando perseguir una vida que quizás no esté destinada a tener.

—¿Qué tipo de vida quiere tener?

Una risa brota de su pecho. —Una en la que pueda permitirme pagar la factura del teléfono y tal vez tener un coche que no me cueste todo el sueldo llenar de gasolina.

Estoy a punto de ofrecerle un teléfono nuevo y decirle que puede llevarse un coche de la empresa ahora mismo, pero sé que no es lo que quiere. No. Emmy Townsend es el tipo de mujer que quiere abrirse camino en este mundo por sí misma. Puedo sentirlo en ella tan seguro como que el sol sale por el este.

Aun así, siento un gran impulso de proporcionarle todo lo que pueda desear o necesitar, y realmente no sé por qué. Claro, estoy ridículamente atraído por la chica, pero eso es solo mi cuerpo reaccionando a una oleada de hormonas. No explica esta *necesidad* que tengo de ser su... *todo*. Nunca había sentido esto antes, y no estoy muy seguro de qué hacer con ello.

Aclarándome la garganta, cierro su currículum y lo dejo a un lado. —Necesito talento, trabajo duro y habilidad, señorita Townsend. No son cosas que se puedan encontrar en un título elegante. Son cosas con las que se nace. Y he visto lo suficiente de usted en acción para saber que tiene el tipo de experiencia que busco, lo cual es raro en alguien tan joven. Espere. ¿Cuántos años tiene? —Tomo de nuevo su currículum y vuelvo a la primera página, buscando su fecha de nacimiento.

Maldita sea. Mi corazón late con fuerza mientras ese abismo entre nosotros se ensancha. Solo tiene diecinueve años, veinte en un mes, pero aun así, ahora mismo, tiene diecinueve...

Yo tengo cuarenta y cinco.

Maldita.

Sea.

Cuando mencionó que estaba sacando su GED en la escuela nocturna, pensé que tendría al menos veintitantos. No tan joven como para que aún tuviera un maldito "teen" en su edad. Joder. ¿Qué estoy haciendo ahora mismo? He perdido la cabeza, me he vuelto completamente loco. He estado obsesionado con una chica de diecinueve años. Alguien necesita darme una bofetada en la cara para que reaccione. ¡Tengo cuarenta y cinco malditos años!

Pero mi ataque de pánico queda casi olvidado cuando levanto la vista y encuentro su hermoso rostro sonriéndome con picardía. —Sabe, señor Grant, he leído en alguna parte que es ilegal preguntar la edad de alguien en una entrevista de trabajo.

Una sonrisa curva mis labios mientras mis ojos la devoran. Sentada allí, luciendo tan dulce e inocente. ¿Cómo puedo negar cuánto deseo a esta chica? Apagar esto ahora sería como contener la respiración y negarme a inhalar. Eso sí que sería una locura.

—Ya puedo verlo en su currículum, señorita Townsend —digo, notando que sus hombros se relajan un poco al mismo tiempo.

—Emmy.

—¿Qué?

—No siga llamándome señorita Townsend. Soy solo Emmy.

Sonriendo, cierro su expediente y me recuesto, mirando su rostro y notando, casi inconscientemente, que su labio superior es ligeramente más grueso que el inferior. Momentáneamente distraído, tengo que obligarme a apartar la mirada. *Que yo la desee no significa que ella me desee a mí. Soy demasiado viejo para ella.*

—Bien entonces, solo Emmy. —Me aclaro la garganta mientras me separo del escritorio para ponerme de pie—. ¿Cuándo puede empezar?

—Oh, ¿no necesita que termine mi GED primero? —Se levanta conmigo y se cuelga el bolso al hombro.

—No. No necesito que sea graduada de secundaria para aprender el oficio.

—Oh, pero lo seré en un par de meses —dice con orgullo—. Realmente quiero ese certificado para colgarlo en mi pared.

—Lo entiendo —digo, indicándole que se dirija hacia la puerta ya que tengo una reunión para la que llego tarde—. Y mientras sus estudios no interfieran con su trabajo, no tengo problema con que estudie lo que quiera durante el tiempo que quiera. Solo esté aquí a las ocho y media el lunes.

—De acuerdo. Pero, señor Grant... —Se detiene en la puerta—. Probablemente hay algo que debería saber sobre mí primero.

—¿Qué es?

—Tengo una boca grande —suelta, y parpadeo. Mi miembro se endurece.

—¿Tiene una boca grande?

Asiente, luciendo un poco miserable ahora. —No puedo evitarlo, señor Grant. De verdad. Lo intento. Pero, verá, no tengo un filtro entre mi cerebro y mi lengua. Mi abuelo sigue diciéndome que está bien y que nunca debería tener miedo de decir a la gente lo que pienso, pero, bueno... a la gente no parece gustarle lo que oye. Mi anterior empleadora, no la señora Morgan de la pastelería, ella era bastante agradable, y al principio me dejaba llevarme a casa las magdalenas sobrantes cuando no se vendían todas. Pero luego le dije que podía venderlas a mis vecinos por dos dólares cada una y estableció una regla de que cualquier cosa no contabilizada salía de nuestros propios bolsillos. Así que se acabaron las magdalenas gratis. Luego estuvo el anterior,

un tal señor Price. Dijo que tenía que despedirme porque no le gustaba que le dijera lo que pensaba de su regla de no usar teléfonos móviles, incluso durante los descansos. Quiero decir, ¿y si Pop, que es mi abuelo, tuviera una emergencia? Nunca lo sabrías, viéndolo, pero se está haciendo mayor. Y yo nunca hablaba ni enviaba mensajes mientras trabajaba, pero cuando le expliqué que tenía que estar disponible por si Pop me llamaba, el señor Price dijo: *¡sin excepciones!* Así que le dije que su regla era tan obtusa como él. Eso no sentó muy bien... —Tuerce los labios hacia un lado mientras me mira.

—Me lo imagino. —La observo, lleno de diversión, mientras sus mejillas se sonrojan.

—Estoy divagando otra vez, ¿verdad? —dice—. Eso es parte de tener una boca grande. Nunca sé cuándo usarla y cuándo mantenerla cerrada.

Puedo enseñarte. Las cosas que podría hacer que hicieras con esa boca. Abierta y cerrada...

Me aclaro la garganta y me froto la nuca con la mano.

—¿Esto... afecta mis posibilidades de alguna manera? —pregunta, con sus ojos preocupados fijos en los míos. Podría decirme que incendió su anterior lugar de trabajo y probablemente aun así le daría el empleo. Estoy un poco embelesado aquí.

—En absoluto —comienzo—. Es encomiable que quieras estar ahí para tu abuelo. La familia siempre debe ser lo primero. Si trabajas duro e inteligentemente, creo que serás una gran incorporación aquí, Emmy. Te presentaré a tu supervisor el lunes y podremos organizarlo todo. —Mis palabras salen un poco abruptas mientras lucho por controlar mi excitación.

Parece sorprendida. —¿De verdad me está dando el trabajo? —Asiento y ella chilla, lanzando sus brazos alrededor de mi cuello en un arrebato de alegría. Su suave cuerpo se amolda perfectamente al mío y tengo que resistir el impulso de rodearla con mis brazos y atraerla más cerca—. ¡Gracias! ¡Gracias! Estoy tan feliz ahora mismo. No sabe lo que esto significa.

—Oh, tengo una pequeña idea. —Me río mientras coloco mis manos en su cintura y la aparto ligeramente. Si sigue rebotando contra mí de esa manera, es probable que le muestre lo *feliz* que estoy.

—Lo siento. —Se aleja de mí y se toca la mejilla—. Me emocioné demasiado. ¿Está seguro de que aún me quiere, señor Grant?

—Llámame Drake. Y por supuesto que aún te quiero, Emmy. —*Si tan solo supieras cuánto.*

—De acuerdo. Entonces supongo que lo veré el lunes. —Me lanza una sonrisa y luego se da la vuelta y prácticamente sale rebotando de mi oficina. Me quedo ahí de pie, observándola, calculando mentalmente cuántos minutos y segundos faltan hasta que la vuelva a ver.

—¿Debo preparar los nuevos documentos de empleo para la señorita Townsend, señor? —pregunta Alice, sacándome de mi ensimismamiento.

—¿Eh?

—Los documentos de empleo para Emmy Townsend. Acaba de contratarla, ¿verdad?

—Oh. —Me aclaro la garganta—. Eh. Sí. Sí, empieza el lunes en ventas. Asegúrate de que le hagan espacio y, ah... inclúyela en el tercer nivel de pago.

—¿A su edad? Eso es un nivel por debajo de la gerencia.

—Soy consciente —digo—. Solo haz que suceda. Tengo un buen presentimiento sobre esta.

—Sí, señor —dice, volviendo a su escritorio y guardándose el resto de sus pensamientos para sí misma. Y mientras me preparo para mi reunión, no puedo evitar sonreír, pensando en cómo Emmy habría manejado eso con su falta de filtro. Sí. Definitivamente tengo un buen presentimiento sobre ella. Nuestra diferencia de edad podría hacer que cualquier cosa más allá de una relación empleador/empleada sea prohibitiva, pero eso no significa que no pueda cuidar de ella. Y no hay nada malo en tener un interés especial en una joven talentosa. ¿Verdad?

EMMY

—¡Pop! —abro la puerta principal tan rápido que golpea contra la pared—. ¡Pop! ¿Dónde estás?

—En la cocina, Emmy, mi niña —me responde y yo salto, brinco y corro hacia la cocina.

Pop y la abuela, cuando aún estaba con nosotros, vivían en la misma casa a la que se mudaron cuando eran recién casados. Es un lugar acogedor de dos pisos: dormitorios y baño arriba, y abajo una sala de estar, una cocina pequeña y un cuarto de lavado que da a un patio del tamaño de un sello postal. Siempre esperaron que esta fuera su casa de inicio y que, cuando empezaran a tener hijos, se verían obligados a buscar un lugar más grande. Pero cuando nació mi madre, la abuela descubrió que no podía tener más hijos. Así que aquí se quedaron. Y es aquí donde Pop permanecerá. Dice que es donde se siente más cerca de la abuela. A veces, lo escucho hablar como si ella todavía estuviera aquí. Es tan dulce, y sé que la extraña. La amaba tanto.

—¡Pop! —me detengo bruscamente al entrar en la cocina y veo a Pop cerrar un armario con el pie, con una expresión demasiado inocente en su rostro. Entrecierro los ojos al ver la mancha oscura alrededor de su boca, sabiendo que ha escondido un alijo de chocolates.

—¿Qué tienes ahí? —digo arrastrando las palabras, cruzando los brazos y mirándolo. Mi pie sobresale y golpea el suelo.

—Nada, Em. —Pop camina hacia mí y se inclina para darme un beso en la mejilla. Me aparto y agarro una servilleta de la encimera de la cocina y se la presiono contra el pecho.

—Cuidado, Pop, tienes un poco de chocolate en la boca. Ni se te ocurra manchármelo.

Suspira y levanta la mano para limpiarse la comisura de la boca con la servilleta. —Me has pillado.

Pongo los ojos en blanco y le quito la servilleta, limpiando el chocolate que se había dejado. —Pop, sabes que tienes que vigilar tu consumo de azúcar. La diabetes es seria.

—Lo sé, lo sé. —Me hace un gesto con la mano mientras toma la servilleta y la tira a la basura—. Lo haré mejor. Y te lo compensaré también.

—Solo necesitas vigilar lo que comes, Pop. No tienes que compensarme nada. Tú y la abuela me lo dieron todo, así que soy yo quien está en deuda contigo —digo, dándole un suave beso en su mejilla arrugada. Cuando tenía once años, mi madre decidió perseguir sus sueños de convertirse en una estrella de la música country y se fugó con su novio. Me dejó con Pop y la abuela con una bolsa de plástico llena de ropa y la promesa de que iba a triunfar—. Persigue siempre tus sueños —me había dicho.

—¿Pero y si no los alcanzas? —le pregunté.

—Entonces solo tienes que correr más rápido.

No hace falta decir que no triunfó. De hecho, no tengo idea de qué le pasó porque no hemos

tenido ningún contacto desde entonces.

—No me debes nada, niña. Tu abuela y yo estuvimos más que felices de acogerte, y ha sido un placer tenerte viviendo con nosotros. Pero, en cuanto a los chocolates, todavía voy a compensártelo. Era tu reserva la que asalté. —Sonríe ante mi fingida expresión de indignación.

—Oh, qué cara tienes, Arthur Townsend.

—Ah, soy viejo y disfruto de mis dulces. ¿Qué puedo decir?

—Bueno, asegurémonos de vigilar de cerca tus niveles de insulina solo para estar seguros.

—Por supuesto, cariño. Ahora, ¿qué era eso por lo que gritabas cuando entraste? —me pregunta, y me animo.

—Oh, sí, ¡conseguí un trabajo! Y Pop, no es cualquier trabajo. Este es uno *de verdad*, con formación y progresión profesional. —Estoy saltando de puntillas de emoción—. No más trabajos temporales por una miseria. Esta es la liga mayor, y sé que voy a ser genial en esto, Pop. Sé que tengo lo que él está buscando.

—¿Tienes lo que quién está buscando?

—Mi jefe, Drake Grant. Es el CEO de esa empresa que fabrica los productos Grant Car Care. Estoy segura de que hemos limpiado el Chevy con ellos antes. Soy la nueva miembro de su equipo de ventas —añado con orgullo—. Y Pop, esta vez habrá seguro médico también. Esto podría cambiarlo todo para nosotros.

—¿Seguro médico? —Los ojos de Pop se abren de par en par, encantados—. ¡Guau!

—¡Lo sé! —chillo—. Estoy tan emocionada. —Levanto los brazos por encima de mi cabeza y hago un pequeño baile en el sitio. Pop se une y choca su cadera con la mía mientras cantamos sobre el seguro médico y el dinero en el banco como si fuéramos dos niños pequeños que acaban de recibir su primer cheque por un reparto de periódicos. Es muy emocionante cuando hemos estado escatimando y ahorrando durante tanto tiempo que ni siquiera puedo recordar una época en la que no me sintiera ansiosa al revisar el buzón.

—Ejem. —Alguien se aclara la garganta desde el otro lado de la puerta trasera, interrumpiendo nuestra fiesta de celebración.

—¿Esperabas a alguien? —pregunta Pop mientras nos agarramos del brazo, sorprendidos por nuestro invitado inesperado. La luz menguante está detrás de quien sea, así que todo lo que puedo distinguir es una figura alta al otro lado de la malla mosquitera.

—No. ¿Y tú?

—No.

Aclarándome la garganta, me aliso la blusa mientras camino hacia la puerta mosquitera y entrecierro los ojos contra la luz para ver quién es. No es frecuente que Pop y yo recibamos visitas sorpresa, así que esto es definitivamente fuera de lo común.

—Lo siento. Llamé a la puerta principal y nadie vino, así que probé por la parte trasera. —*Espera. Conozco esa voz.*

Desatranco la malla mosquitera y la abro para revelar a la última persona que esperaba ver en nuestra puerta. —Sr. Grant. ¿Q-qué hace usted aquí? —Me toco el pelo mientras miro sus brillantes ojos azul cerúleo y siento que el calor de la vergüenza toca mis mejillas. *Espero que no nos haya escuchado hace un momento.*— Ya me ha prometido el trabajo. No puede echarse atrás ahora.

Se ríe, negando con la cabeza mientras baja la mirada a su mano. —No, no. En realidad, vine aquí para darte esto. —Me tiende una pequeña caja para que la tome.

—¿Qué es? —Así como es inusual recibir visitas sorpresa, también es muy inusual que alguna de ellas venga con regalos. Casi tengo miedo de tomarlo.

Una pequeña sonrisa se dibuja en un lado de su boca. —Es para ti —dice, levantando la tapa para revelar un iPhone nuevo.

—Oh. —Me llevo la mano al pecho mientras retrocedo con un jadeo—. Sr. Grant, esto es demasiado. No puedo aceptarlo.

—Considéralo una bonificación por firmar —dice él, y esa pequeña sonrisa se convierte ahora en una amplia sonrisa—. Está completamente cargado y he programado mi número allí para ti, así que no habrá razón para que tengas problemas para llamarme en el futuro.

—Oh. ¿Es esto porque me presenté en lugar de llamar hoy? ¿Arruiné tu día?

—¿Qué? No. De hecho, *hiciste* mi día. Solo... por favor. Tómalo. —Me lo ofrece de nuevo —. Es una ventaja del trabajo. Todos mis representantes de ventas tienen uno. Me gusta que estén disponibles en todo momento, Emmy.

—Oh. —Alargo la mano y tomo con cuidado la caja de su mano—. Tal vez podrías simplemente, no sé... darme la tarjeta SIM. Es que siento que esto es demasiado caro, y preferiría usar mi teléfono viejo...

—¿Con una pantalla agrietada? —Levanta una ceja, y me pregunto cómo lo sabe.

—Bueno, sí...

—¿Y una batería terrible? Probablemente la mitad de las aplicaciones tampoco funcionen.

—Sí, pero...

—Funciona, ¿verdad? ¿Solo hasta que puedas ahorrar lo suficiente para comprarte algo nuevo?

—Ese era el plan, sí. —*¿Cómo demonios está haciendo esto?*

Sonríe. —¿Ves? Yo también puedo leer a las personas, Emmy. Por eso sé con certeza que si te doy este teléfono, lo tratarás como si lo hubieras comprado con tu propio dinero.

—Por supuesto que lo haré, es solo que...

—Di gracias, Emmy. Eso es todo lo que tiene que pasar aquí —dice, con voz suave y significativa.

Sostengo la caja contra mi pecho. —Gracias —susurro, sintiendo el calor en mis mejillas. No sé por qué, pero cada vez que me habla, siento que está siendo mucho más íntimo de lo que sus palabras indican, lo cual es ridículo. Para él, probablemente solo soy una niña en la que ve algo de sí mismo, y por eso está siendo amable conmigo. Pero mi corazón romántico parece amar leer mucho más en ello.

—De nada, Emmy Townsend —dice, dándome un ligero asentimiento y una mirada que hace que mis pezones se endurezcan. *Cálmate, Emmy.*

—¿Em? ¿Quién es? —La voz de Pop resuena, y salgo de mi bruma lujuriosa cuando se acerca detrás de mí—. Hola. ¿Quién es este?

Drake se inclina hacia un lado para poder ver a Pop por encima de mi hombro. —Hola, señor. Soy Drake Grant. —Extiende su mano y sonríe amablemente.

—El nuevo jefe de Emmy, ¿eh? —Pop estrecha la mano que le ofrece, con una mirada astuta en sus ojos.

—Sí, vine a darle a Emmy su nuevo teléfono. Me dijo antes que el suyo había sido desconectado y no quería que estuviera sin una forma de... mantenerse en contacto. —Se encoge de hombros.

—Eso fue muy considerado de su parte, señor Grant —dice Pop, su evaluación pasando de sospechosa a apreciativa—. Le he estado diciendo toda la semana que se arriesgue y consiga uno nuevo, ¿pero me escucha? No. Una chica bonita como ella siempre debería tener un teléfono encima en caso de emergencias.

—El dinero juega un papel importante en estas cosas, Pop —digo, dándole una mirada que dice: *no me avergüences frente a mi jefe*.

Él me da una mirada que dice: *observa esto*. —¿Qué tal si invitamos al señor Grant a cenar para agradecerle? —sugiere—. He hecho espaguetis con albóndigas. El favorito de Emmy. ¿No se unirá a nosotros?

—Oh... estoy segura de que está demasiado ocupado —digo—. El señor Grant probablemente tiene una esposa e hijos esperándolo en casa. —Estoy totalmente buscando información aquí. También creo que lo estoy haciendo demasiado obvio porque Drake sonríe como si supiera exactamente lo que estoy haciendo.

—Sin esposa. Sin hijos —dice, dándome una mirada prolongada—. Y me encantaría quedarme a cenar. Gracias, señor Townsend, por la invitación. —Dice esa última parte a Pop.

—Entonces entra, hijo. Y no me llames señor Townsend. Suena demasiado formal —parlotea Pop mientras hace pasar a Drake—. Llámame Pop. Todos los demás lo hacen.

—Literalmente soy la única otra persona que te llama así —digo, tratando de no reírme mientras se dirige directamente a la estufa y revisa la cena.

—Y tú eres todos los demás —responde Pop.

—En ese caso, Pop —dice Drake con una sonrisa divertida mientras entra más y yo cierro y aseguro la puerta trasera—, me gustaría que me llamaras Drake. De hecho, le pedí a tu nieta que lo hiciera antes, pero parece empeñada en llamarme señor Grant.

Es eso o papi... En el momento en que el pensamiento entra en mi mente, una risa histérica burbujea dentro de mí. *¿De dónde demonios salió eso?*

Reprimo mi risa, ocupándome en agregar un lugar más a la mesa, esperando no llamar accidentalmente "papi" a mi jefe durante la cena. Porque ahora que el pensamiento ha entrado en mi mente, estoy teniendo problemas para dejarlo ir. Y todos sabemos lo carente que soy en el departamento de filtros...

DRAKE

Cenamos en una mesa desvencijada en la cálida y acogedora cocina mientras Emmy y su abuelo se burlan juguetonamente el uno del otro. Ha pasado tanto tiempo desde que he comido en casa, y como no tengo familiares vivos, tampoco he tenido el placer de *compartir* una comida en un ambiente familiar desde hace mucho tiempo. Es algo que no te das cuenta de que echas de menos hasta que tienes la oportunidad de experimentarlo de nuevo. Y hay algo en estar aquí con Emmy y su abuelo que simplemente se siente... correcto.

—¿Le puedo traer un café, señor Grant? —pregunta Emmy mientras retira mi plato.

Me recuesto y siento la pesadez de la pasta y la carne en mi estómago. *Podría acostumbrarme a esto.* —Me encantaría —digo, dedicándole una sonrisa—. La comida estaba increíble, Pop.

—Es la receta de mi difunta esposa. Ella la hacía mejor, pero yo me defiendo —dice con un guiño, pasándose una servilleta por la boca mientras agradece a Emmy por llevarse su plato también.

—¿Hace mucho que se fue... tu esposa? —pregunto mientras una humeante taza de café es colocada frente a mí. Levanto la mirada y agradezco a Emmy.

—Unos años ya —dice Pop, con una mirada distante mientras sonríe melancólicamente—. Era una buena mujer, mi Margaret. Pero la volveré a ver antes de mucho. Soy viejo como el polvo, así que no puedo aguantar mucho más.

—¡Pop! —exclama Emmy mientras coloca el café de Pop frente a él.

—¿Qué? Es verdad. Soy viejo y echo de menos a mi esposa —dice, hundiendo la cuchara en el azúcar en el centro de la mesa y removiéndola en su bebida.

Emmy jadea. —No acabas de hacer eso.

Pop saca la lengua como un niño petulante antes de volverse hacia mí. —¿Azúcar? ¿Leche?

—Ah —empiezo, mirando entre Emmy y su abuelo mientras ella le quita el café y lo reemplaza con uno fresco sin endulzar. También se lleva el azucarero.

—Al señor Grant no le gustan mucho los dulces, así que no necesitaremos esto aquí en absoluto —dice Emmy, con una ligera sonrisa mientras abre un armario y coloca el azucarero tan alto como puede alcanzar, demasiado alto para su abuelo, que es más bajo que nosotros dos.

—Aguafiestas —murmura Pop. No estoy del todo seguro de quién es el adulto en esta relación. Pero disfruto enormemente de su dinámica.

Emmy sonríe mientras regresa con una pequeña botella de leche y la coloca junto a su abuelo. —Supongo que toma el café solo, ¿señor Grant?

—Estarías en lo correcto. —Le dedico una sonrisa mientras se aleja y regresa con el café endulzado para ella. Añade un buen chorro de leche, confirmándome que también estaba en lo

cierto: le gusta el café dulce y con leche.

Pop mira del café de Emmy al suyo con una mirada afligida. —Tengo que vigilar mi azúcar, dice Emmy —dice, dirigiéndome una sonrisa apenada.

Emmy pone los ojos en blanco. —Como si hicieras todo lo que *Emmy* dice.

Pop suelta un resoplido. —Tengo setenta y cinco años, niña, pero me tratas como si tuviera diez —replica, pero hay un atisbo de sonrisa en sus ojos.

—Tal vez deberías dejar de actuar como un niño de diez años, Pop. —Sorbe su café, lanzándole una mirada severa por encima del borde de su taza. La encuentro completamente adorable y mucho más madura de lo que aparentan sus años.

—Está irritable porque encontré su alijo de chocolates —me informa Pop, y le devuelvo la sonrisa—. Emmy adora los dulces. —Arrastra la palabra "adora" de modo que suena como "adooora".

—Me di cuenta —digo arrastrando las palabras, recordando la forma orgásmica en que comía esa magdalena la última vez que la visité en el centro comercial. Emmy debe leer mi mente porque se sonroja un poco antes de intentar esconder su rostro detrás de su taza.

—Es extraño, porque a su madre le disgustaba todo lo dulce. Pero bueno, era una mujer amargada, así que eso dice mucho, ¿no crees, Ems?

—Creo que deberíamos ahorrarle al señor Grant nuestro drama familiar. Imagino que tiene suficiente con el suyo.

—Oh, yo no tengo ninguno. Mis padres fallecieron cuando tenía más o menos tu edad, de hecho. Así que he estado solo desde entonces.

—Lamento oír eso, hijo —dice Pop, justo cuando la mano de Emmy sale disparada para cubrir la mía.

—No tenía idea —dice, dándome un apretón en la mano—. Debe haber sido difícil.

—Lo fue. —Quiero darle la vuelta a mi mano y entrelazar nuestros dedos, pero resisto el impulso—. Es la razón por la que nunca fui a la universidad. Pero encontré mi camino. Igual que tú lo estás haciendo. Todos hacemos lo mejor que podemos con lo que tenemos en ese momento.

—Oh, Emmy siempre da lo mejor de sí —dice Pop, asintiendo enfáticamente—. Has elegido bien con ella. Siempre pone todo su empeño en todo lo que hace. Lo único en lo que es terrible es en la repostería. No puede hacer un pastel ni para salvar su vida.

Emmy retira su mano, y la echo de menos inmediatamente. —¿Era realmente necesario decirle eso? —dice.

—No es como si te hubiera contratado como repostera. —Pop sonríe con suficiencia.

Me río de su intercambio. —¿Cómo lograste conseguir un trabajo en un puesto de pasteles entonces?

Sus manos envuelven su café, sus dedos entrelazados a través del asa. —Todo lo que tenía que hacer era vender los pasteles. Eso puedo hacerlo sin problemas. Vender me sale naturalmente. Al igual que leer a las personas. Veo el entusiasmo en sus ojos y simplemente encuentro una manera de alimentarlo y darles lo que quieren.

—Emmy es una parlanchina, siempre lo ha sido —añade Pop, con un sentido de orgullo en sus ojos—. Podría hablar hasta que las vacas vuelvan a casa.

—Deja de decir «Emmy» al principio de cada frase como si no estuviera aquí escuchándote —dice ella, riendo mientras se levanta, agarra el tarro de galletas del mostrador y lo lleva a la mesa. Desenrosca la tapa y lo coloca frente a mí—. No dejes que coma más de una. —Me lanza una mirada de advertencia, señalando con el pulgar a su abuelo antes de agarrar una galleta ella misma y metérsela en la boca mientras se dirige al fregadero y abre el grifo.

—¿Quieres que te ayude con eso? —pregunto, ya empujando mi silla hacia atrás.

—Oh, no. Yo me encargo. Tú solo vigílalo. —Señala a su abuelo con un utensilio enjabonado.

Pop me lanza una mirada afligida y baja la voz.

—Emmy tiene ojos en la nuca. Sabrá si cojo más de una.

—He oído eso.

Pop me mira como diciendo: «¿Ves?»

—Bébete el café, Pop. Si tardas mucho más, estarás despierto toda la noche —dice ella, con un tono de orden en sus palabras.

—Emmy también puede ser muy mandona. Como su jefe, creo que deberías estar advertido, Drake. —Pop hurga entre el montón de galletas y escoge la más grande antes de empujarlas hacia mí.

—¡Pop! —exclama Emmy, mirándolo claramente ofendida—. ¡Vas a hacer que me despidan antes de empezar!

Ahora estoy riéndome a carcajadas, disfrutando de las bromas juguetonas entre ellos dos.

—Emmy tiene una vena terca que va con ese carácter mandón. Pero... —Hace una pausa para darle efecto dramático—. También tiene una debilidad.

—¿Qué le estás diciendo, Arthur Townsend? —exige Emmy, tratando de no reírse mientras su abuelo se inclina hacia mí. Automáticamente, yo también lo hago, ansioso por reunir cada pedacito de información que pueda sobre ella.

—Es el helado —comparte, mirándome triunfante—. Emmy cederá ante cualquier cosa, pasará por alto incluso el peor crimen que puedas cometer, venderá a su primogénito incluso. Si le pones un bote de helado Rocky Road bajo la nariz, lo dejará limpio a lengüetazos.

Se me hace un nudo en la garganta cuando la imagen de su lengua rosada saliendo para lamer la cuchara mientras come helado llena mi mente, enviando toda la sangre de mi cuerpo hacia el sur, a mi entrepierna.

Maldita sea.

Necesito comprarle helado a Emmy.

—¡Pop! Deja de contarle todo eso —gime Emmy, dirigiendo unos ojos mortificados a su abuelo y lanzándole dagas con la mirada.

—Es su debilidad —continúa Pop—. Todos los superhéroes tienen una.

—¿Una superhéroe, eh? —Sonrío en su dirección.

—Más bien una súper cero. ¿Y puedes dejar de compartir estas cosas, Pop? Es mi jefe, no mi novio. Estás desacreditando la poca credibilidad que ya he construido.

Pop chasquea la lengua y agita un brazo con desdén mientras yo le envío a Emmy una sonrisa de labios apretados.

—Tendré en cuenta el consejo del helado, como tu jefe, por supuesto. Soy demasiado viejo para ser tu novio.

Emmy frunce el ceño.

—No creo que seas viejo.

—Comparado contigo, lo soy.

Ella se encoge de hombros.

—No lo eres.

—Tengo cuarenta y cinco años, Emmy.

Ella arquea una ceja interrogante.

—¿Y?

—Y tú tienes *diecinueve*.

Ella pone los ojos en blanco.

—Sé cuántos años tengo, Drake. Sigo sin ver cuál es el problema.

Me ha llamado Drake. La miro fijamente, con una pequeña burbuja de algo formándose en la boca del estómago.

—Veinticinco años, para empezar. Ese es el problema. ¿No crees que la gente debería salir con personas de su edad?

Ella resopla, volviéndose hacia el fregadero.

—Los chicos de mi edad. Son exactamente eso: *chicos*. Prefiero salir con alguien más... maduro. Alguien que sepa lo que quiere. —Frota la sartén mientras habla, y yo solo dejo que sus palabras me envuelvan.

Yo soy maduro.

Sé lo que quiero.

La quiero a ella.

—Además —continúa, aún fregando la sartén con sorprendente ferocidad, sus mejillas de un furioso tono rojo—. Cuarenta y cinco años apenas es viejo, señor Grant. *Volvemos a eso otra vez.* No aparenta ni un día más de treinta y siete, quizás treinta y ocho. Si no fuera por las pequeñas canas en sus sienes, pasaría por treinta y cinco. No es que importe cuántos años aparente, por supuesto. Me gusta su pelo como está. Solo lo decía para hacer mi punto.

Mi corazón está en mi garganta, todo mi mundo inclinándose fuera de su eje.

—¿Tu punto?

—Sí, mi punto: que no eres demasiado viejo para salir conmigo. —De repente levanta la mirada, y sus ojos se entrecierran un poco—. A menos que pienses que *yo* soy demasiado *joven* para salir contigo. —Deja que esa declaración flote en el aire un minuto.

—¿Tú... tú *quieres* que te invite a salir, Emmy?

Ella abre el grifo de nuevo y enjuaga la sartén, colocándola en el escurridor antes de responder. Son unos segundos interminables.

—Eso depende. ¿Afectará mi posición en tu empresa?

—No —respondo inmediatamente.

—Bueno, entonces, supongo que tendrás que preguntármelo y averiguarlo. —Habiendo hecho su punto, de manera bastante espectacular, debo añadir, se da la vuelta, coge la olla de pasta y empieza a enjabonarla.

—Eh... —murmuro, un poco inseguro sobre qué decir a continuación, con la mente dando vueltas. ¿La invito a salir ahora? ¿O espero hasta que sea un poco más sorpresa? ¿O estoy loco por contemplar siquiera salir con una chica de diecinueve años?

De cualquier manera, esto cambia las cosas. Mucho.

Y no paso por alto el hecho de que su abuelo sigue sentado frente a mí, comiendo galleta tras galleta mientras observa todo el intercambio. Me giro hacia él, avergonzado e incómodo, sin saber qué decir.

—Otra cosa que deberías saber, hijo. Emmy generalmente se sale con la suya —dice, sirviéndose otra galleta más. Es entonces cuando recuerdo que se supone que debo estar vigilando el tarro de galletas y vuelvo a poner la tapa encima. Pop se ríe y baja la voz en tono conspiratorio—. No diré nada si tú no lo haces.

EMMY

—Así que te gusta mi pelo, ¿eh? —pregunta Drake una vez que salimos porque la comida ha terminado (él muy amablemente secó los platos como agradecimiento) y lo estoy acompañando a su coche. Supongo que sería inútil esperar que hubiera olvidado ese comentario, o mejor aún, que no lo hubiera escuchado en absoluto. ¿Cuándo voy a aprender a mantener la boca cerrada?

—Eh... —empiezo, preguntándome si todavía puedo fingir que no sé de qué está hablando.

—A mí también me gusta el tuyo —sonríe, inclinándose ligeramente y poniéndome inmediatamente a gusto. Me gusta cómo lo hace. Tiene esta habilidad increíble para sentir mi incomodidad y luego intervenir para salvar el día. Es... especial. Y honestamente espero que quizás, después de esa hora mortificante escuchando a Pop darle un resumen de toda mi vida, realmente esté interesado en... tal vez... invitarme a salir. *Una chica puede soñar*.

—Me han dicho que es mi mejor característica —digo con ligereza cuando llegamos junto a su coche y él se gira para mirarme, apoyándose contra el lateral con esa sonrisa desarmante pegada a su rostro.

—Creo que hay muchas cosas especiales en ti, Emmy. Pop ciertamente disfruta cantando tus alabanzas.

—¿Mis alabanzas? —suelto una risa divertida—. ¿Como cuando contó aquella vez que me suspendieron por abofetear a Marion Blake porque me llamó gorda?

Drake se ríe profundamente.

—Estaba orgulloso de ti por defenderte.

—Bueno, tienes razón en eso. Pop siempre está muy orgulloso de mí. No puedo decir que entienda por qué.

—¿Cómo no podría estarlo? Sabes, pensaba que eras bastante especial *antes* de esta noche. Pero después de escuchar todas esas historias, te admiro aún más ahora.

—No creo que haya hecho nada hasta ahora que sea *admirable*. Solo he estado... existiendo, supongo.

—Y renunciar a tu educación para ayudar a tu abuelo cuando tu abuela murió. Tomar cualquier trabajo que puedas conseguir para asegurarte de que las facturas se paguen y Pop reciba sus medicamentos. Eso es algo importante, Emmy. Y una acción *admirable*.

Una oleada de conciencia me recorre cuando se inclina más cerca, la atracción se apodera de mí cuando levanta su mano y desliza un solo dedo por mi mandíbula. El gesto es tan inesperado, tan íntimo, que pierdo todo pensamiento.

—Espera. ¿De qué estábamos hablando? —parpadeo, conteniendo la respiración mientras él sonríe y cruza los brazos sobre su pecho. Solo esa simple acción me distrae, de nuevo. *Es*

demasiado guapo para describirlo con palabras.

—Creo que ibas a recordarme por qué nuestra diferencia de edad no hace que salir juntos sea prohibitivo —sonríe con suficiencia—. O eso, o ibas a volver a elogiar mi pelo y mi buena apariencia. Tú eliges.

Pongo los ojos en blanco.

—Sabes, después de que Pop sacara las fotos de bebé, habría pensado que saldrías corriendo.

—Eran entrañables.

—Desearía estar de alguna manera más allá del punto en el que siento vergüenza o humillación por esta noche, pero si la tierra pudiera tragarme ahora, estaría bien con eso —digo, amando la forma en que su boca se inclina cuando se ríe.

—Recuérdame enviarle a Pop una caja de galletas para agradecerle, ¿quieres? —dice, y lo miro con el ceño fruncido—. Sin azúcar, por supuesto. Esas fotos no tenían precio.

—Eran mortificantes, y te agradecería que las borraras de tu memoria.

—Pero eras una bebé tan adorable. Especialmente esa foto tuya corriendo con un cubo de plástico en la cabeza —se burla, la risa haciendo rebotar su pecho. Frunzo los labios, y él me toca la barbilla—. Esta noche fue...

Suspiro.

—Lo sé. Fue una locura. Pero en nuestra defensa, casi nunca tenemos compañía, y Pop se emociona un poco cuando la tenemos. Aunque nunca entenderé por qué pensó que era buena idea sacar los álbumes de fotos. Me siento expuesta —sacudo la cabeza y dejo escapar un pequeño gemido.

—Tal vez lo hizo para recordarme discretamente lo joven que eres. Estuvo sentado allí durante toda esa discusión sobre la diferencia de edad y las citas.

—Oh, si Pop pensara que tú y yo no deberíamos salir, no te habría dejado entrar en la casa. No, lo que estaba haciendo era tratarte como un posible *marido*, y realmente siento que debería disculparme por someterte a eso. Fue demasiado exagerado. Pero tienes razón, realmente me gusta tu pelo —le dedico una sonrisa. Creo que nuestra diferencia de edad es algo mucho más importante para Drake de lo que es para mí. Cuando lo miro, no veo su edad o su pelo canoso, ni siquiera las líneas de risa alrededor de sus ojos azules. Lo que veo es un hombre con el que conecto. El primer hombre, en realidad, que me ha hecho sentir como yo misma y especial al mismo tiempo. Y *realmente* me encanta lo rápido que se ríe. *Y* la forma en que me mira.

—No hay nada de qué disculparse, Emmy. En realidad, no recuerdo la última vez que me divertí tanto —dice, con voz suave y genuina—. Si crees, aunque sea por un minuto, que no disfruté cada segundo que pasé contigo esta noche, estás loca —se aparta de su coche y acorta la distancia entre nosotros lo suficiente como para que pueda sentir el calor de su cuerpo. *Apenas puedo respirar con él tan cerca. ¿Qué está pasando?*

Mi cabeza se inclina hacia atrás mientras mis ojos viajan desde su pecho hasta su rostro cincelado. Me siento tan fuera de mi elemento aquí. Hay tantas emociones corriendo por mi mente que puedo oír mi corazón martilleando en mi pecho. Quiero que este... *coqueteo* signifique algo, pero al mismo tiempo, no puedo olvidar que sigue siendo mi nuevo jefe, y este trabajo es realmente importante para mí.

—Sr. Grant...

—Drake —gruñe, su expresión suave transformándose en un ceño fruncido y haciéndome saltar—. No soy señor, ni jefe, ni Sr. Grant. No para ti.

—Pero...

—Sin peros —sin otra palabra, agarra el frente de mi chaqueta y me jala hacia adelante, una

mano rodeando mi cintura mientras la otra se desliza en mi pelo antes de acercar su boca a la mía y besarme. Perfecta y profundamente. Me besa y yo le devuelvo el beso.

Un gruñido profundo y gutural surge de él, reverberando a través de mí y encendiendo algo profundo dentro de mi alma. Es como nada que haya experimentado antes. Jadeo en su boca, y él aprovecha la oportunidad para profundizar el beso, su mano en mi cintura bajando para acariciar mi trasero y arrastrarme más cerca, aplastándome tan fuertemente contra él que siento... *todo*.

La dura longitud de su excitación se presiona contra mi vientre, mostrándome que está tan encendido por mí como yo por él. Me pone nerviosa sentirme tan atraída por un hombre tan pronto después de conocerlo. Pero me excita de la mejor manera posible.

—Drake —no reconozco mi voz cuando susurro su nombre. Sale espesa y cargada de deseo mientras mi cuerpo vibra de ganas por él.

—Emmy —apoya su frente contra la mía, y nos quedamos ahí, respirando agitadamente, aún abrazados. Su gruesa longitud palpita contra mí, y siento una oleada de satisfacción por haber excitado a este hombre hermoso y sexy... por mí. *Esto parece un sueño.*

—Realmente espero que lo que acabamos de hacer no vaya contra ninguna de las reglas de tu empresa —murmuro.

—Si lo es, tendré que reescribirlas porque planeo besarte de nuevo, Emmy. Voy a besarte por todas partes.

Una sonrisa se extiende por mi rostro mientras me echo hacia atrás para mirar sus ojos entrecerrados.

—¿Es tu empresa y no sabes si hay reglas sobre citas en el trabajo?

—Oh, ¿así que ahora estamos saliendo? —sus ojos brillan divertidos mientras sonríe con suficiencia.

Mis mejillas arden.

—Oh... um... no quise decir... Mierda. Estoy sacando conclusiones precipitadas. Debes pensar que soy una cría —lo miro a los ojos—. Por lo que sé, podrías besar a todas las chicas que contratas. Podrías ser un besador en serie, agarrando chicas a diestro y siniestro, besándolas hasta dejarlas sin aliento y luego pasando a la siguiente. O podrías tener un harén entero de mujeres específicamente para besarlas y nunca salir con ellas. O tal vez sí sales con ellas, pero odias la exclusividad porque eres un hombre exitoso y esa es una cualidad atractiva para muchas mujeres. Además, eres super atractivo encima de todo eso, así que por supuesto no te faltan citas...

No puedo terminar porque su boca silencia mis palabras, engulléndolas en un beso profundo y lento que me hace gemir y derretirme contra él.

—No —dice con voz ronca cuando finalmente salimos a tomar aire.

—¿No? —parpadeo mirándolo, completamente confundida y saciada al mismo tiempo.

—No, no beso a las chicas que contrato. No beso a chicas en la calle, y no tengo un harén de mujeres, ni ninguna mujer en absoluto. Solo estás tú, Emmy Townsend. Te quiero a ti y a nadie más.

Una oleada de lujuria y... algo más, *algo nuevo* que no estoy segura de estar lista para analizar, me recorre, todo por un tal señor Drake Grant. Tantos años preguntándome por qué nunca sentí lo que siento ahora, cuestionándome por qué nunca tuve una conexión con el sexo opuesto o me derretí por pósters de estrellas de cine como las otras chicas de mi edad. Lo había atribuido al hecho de que tenía responsabilidades, así que no tenía tiempo para cosas tan triviales como chicos y enamoramientos de hombres que no podía tener. Pero ahora me doy cuenta, la razón por la que nunca sentí nada fue por este hombre aquí mismo. Todo lo que tenía que hacer era esperar. Esperar a que Drake Grant entrara en el centro comercial, comprara mis magdalenas

y cambiara mi vida para siempre.

—Espera. Entonces, ¿estamos saliendo o...?

Drake se ríe mientras acaricia mi mandíbula con el dorso de sus nudillos.

—Sí, nena. Estamos saliendo. Así que tendrás que decirle a cualquier otro chico que ande rondándote que ya no estás disponible.

—Oh, no hay nadie más. Nunca lo ha habido.

Sus cejas se alzan.

—¿Nunca?

Niego con la cabeza para confirmarlo, y su sonrisa se hace aún más amplia.

—Bien. Porque no soy un hombre al que le guste compartir, y tú, mi hermosa magdalena, me perteneces.

DRAKE

Distraídamente, tamborileo con los dedos sobre mi escritorio, mirando mi reloj por lo que parece ser la centésima vez en los últimos... *joder, ¿realmente han sido solo diez minutos?*

Dejando escapar un suspiro frustrado, me aparto del escritorio y me levanto, caminando hacia los ventanales de piso a techo que dan al paseo marítimo. Desde allí, observo el agua, los pequeños botes y la actividad desde mi vista de águila, y lentamente, mi inquietud se desvanece.

Tal vez ahora pueda hacer un poco de trabajo...

Hoy no ha sido un día fácil. En realidad, ha sido nada menos que una tortura. Emmy comenzó a trabajar en la empresa hoy, y saber que está en el mismo edificio, tomando el mismo ascensor, caminando por los mismos pasillos —pero nunca al mismo tiempo que yo— está pasándome factura. Ha sido una lucha contra mi propio autocontrol durante todo el día cuando todo lo que quiero hacer es ir hacia ella, tomarla de la mano y luego encontrar la superficie plana más cercana para ponernos horizontales. Ha estado provocándome por mensajes de texto todo el fin de semana, y me muero por tener un momento a solas con ella.

No la he visto desde la cena en su casa, no la he besado desde ese momento junto a mi coche. Le di el fin de semana para que asimilara la idea de nosotros. No es que parezca necesitarlo, pero yo necesitaba que lo tuviera. Después de todo, soy su jefe, y le llevo veinticinco años. Ya he vivido una vida entera, y ella está solo al comienzo de la suya. Tal vez, después de un momento para pensar sin que yo estuviera en su espacio nublando su juicio, se daría cuenta de que no soy más que un hombre de mediana edad intentando salir con una mujer de casi veinte años.

Me ayuda pensar en ella así, como casi de veinte. Me impide sentirme como un viejo verde persiguiendo a una universitaria. No es que esté en la universidad, pero entiendes a qué me refiero. Este no es el camino que me vi tomando aquel día cuando caminaba por el centro comercial. Me había centrado en expandir mi negocio, una relación era lo último en mi mente. Y entonces, allí estaba ella, la chica de mis sueños haciéndome señas para que me acercara. ¿Cómo podía alejarme?

Y cómo puedo negar los sentimientos que existen entre nosotros cuando, a pesar de que intenté darle a Emmy algo de espacio físico, ella inició un intercambio de mensajes que comenzó en el momento en que llegué a casa después de la cena y terminó esta mañana cuando prometí llevarla a cenar después del trabajo. Ha habido silencio radial desde entonces.

Me paso la mano por la cara, frotándome los ojos cansados mientras tomo mi teléfono y reviso nuestros mensajes. Hemos charlado de ida y vuelta sobre cualquier cosa y todo, nos hemos enviado fotos —algunas sexys, otras simples. Hago clic en la de ella recostada sobre su almohada, enviada anoche tarde antes de que ambos nos despidiéramos. Sus mejillas están sonrojadas mientras sonríe dulcemente, *seductoramente*, a la lente de la selfie, y su cabello está

extendido hacia un lado. Lleva su pijama, pero hay suficiente piel visible para que pueda ver la profunda línea de su escote. Mi polla se agita y dejo escapar un gemido.

No puedo dejar de pensar en ella, de desearla, de desear que estuviera cerca. En la semana y pico desde que la conocí, he pensado en poco más. Todo mi espacio mental está ocupado por Emmy Townsend, cuyos ojos marrones y exuberante trasero parecen ser mi razón para despertar cada mañana. Cada momento que vivo es un medio para un fin. Solo quiero llegar a un punto donde ella sea mía, y yo sea suyo, y no haya nada en medio.

Por eso personalmente le asigné a Emmy una supervisora para que le mostrara todo en su primer día y la entrenara en privado. Normalmente, es el representante de ventas senior quien maneja la orientación y asigna entrenadores al nuevo personal. Los arrojan a la arena y tienen que aprender rápido para mantenerse al día. Rara vez intervengo, pero esta vez es personal. Y lo último que quiero es que Emmy esté en estrecha proximidad con otro hombre todo el día. Sé lo tentadora que es, incluso si ella misma no se da cuenta, y sé con certeza que algunos de esos chicos *jóvenes* en el piso de ventas son rompecorazones en serie que olfatearían su inocencia y se aprovecharían de ella a la primera oportunidad que tuvieran. No bajo mi vigilancia. No me importa lo posesivo que eso me haga parecer, pero Emmy es mía. Punto. Y si eso significa un trato especial, que así sea. Si alguien tiene un problema con eso, me desharé de ellos y le pondré un escritorio dentro de mi oficina, y yo mismo la entrenaré.

Miro mi reloj de nuevo, exasperado porque el tiempo parece arrastrarse. *¿Por qué no sugerí una cita para almorzar en su lugar?*

Moviéndome hacia la puerta, la abro para asomar la cabeza. Alice, siempre eficiente, está sentada en su escritorio, tecleando furiosamente. Levanta la mirada cuando la llamo por su nombre, y hace ademán de levantarse, pero le hago un gesto para que se quede sentada.

—No, no te molestes en levantarte, Alice. Solo quería saber si has ido a ese nuevo lugar que abrió la semana pasada. El de la calle Ekker —cierro la puerta detrás de mí y me apoyo en ella.

—No me paga lo suficiente para cenar en un lugar tan elegante, señor Grant —dice con seriedad, sus dedos suspendidos sobre el teclado mientras levanta las cejas hacia mí.

—Eso es una mierda y lo sabes. Diría que eres la asistente personal mejor pagada del estado —le sonrío, y recibo una sonrisa audaz en respuesta.

—Touché. Y para responder a su pregunta, no, no he ido allí. Pero no creo que usted quiera ir tampoco, señor. Escuché de Diane, de Legal, cuya amiga, Elise, tiene una hermana, Amy, que está saliendo con el señor Plank de la oficina del fiscal del distrito. Él la llevó *allí*, y *ella* dijo que sirven porciones diminutas y luego cobran una fortuna.

Parpadeo. —¿Quién fue allí? Lo siento, me perdí en algún punto entre Diane de Legal.

Alice sonríe aún más. —Comida no buena, señor —simplifica.

—Ahora sé por qué no quiero pagarte más, me hablas como si tuviera nueve años —respondo con una sonrisa burlona.

—Creo que es parte de mi encanto, señor —Ella pestañea coquetamente y yo pongo los ojos en blanco.

—Bueno, el lugar en Ekkers queda descartado. ¿Conoces otro sitio?

Ella menciona un par de restaurantes, todos ellos, me doy cuenta, perfectos para almuerzos de negocios.

Niego con la cabeza. —No, Alice, esto no es algo de negocios. Te lo estoy preguntando para mí. Quiero llevar a alguien a cenar. Y quiero que sea especial.

Para su crédito, Alice no parpadea, pero sus ojos se iluminan y las comisuras de su boca se curvan ligeramente. —Una cita. Vaya, nunca pensé que vería este día.

—Está bien. Puedo arreglármelas solo si vas a burlarte de mí. No todos podemos estar felizmente casados con nuestro amor del instituto. Especialmente aquellos de nosotros que apenas terminamos la secundaria.

—Solo me alegro por usted, señor. Pero si me permite sugerirle algo, Sr. Grant...

—Por favor, sugiere lo que quieras.

—Hay un lugar junto al agua, justo en el muelle. Tiene una vista preciosa del océano y la comida es para morirse. Pero eso no es lo mejor.

—Me muero por saber.

—Tienen un hermoso cenador privado en la azotea. Es caro, pero por lo que se ahorra cada vez que no le da un aumento a mi magnificencia, creo que puede permitírselo.

—Alice, si te diera un aumento cada vez que lo sugieres, estaría en la ruina y tú serías dueña de la empresa.

—Eso sería perfecto, de hecho. ¿Dónde firmo? —Sus ojos brillan con risa contenida mientras me mira fijamente.

—Ja, ja —digo sin expresión—. ¿Qué tal si pones ese sentido del humor tuyo a trabajar haciendo esa reserva para mí?

Ella sonríe con suficiencia. —¿Para cuándo la quiere?

—Para esta noche. —Miro mi reloj—. Lo antes posible.

Su boca se abre. —Puede que no pueda lograrlo.

—Te diré algo —digo, moviendo mi dedo hacia ella—. Si consigues el cenador privado, te daré ese aumento. ¿Trato?

Sus manos se mueven inmediatamente hacia el teléfono. —Trato hecho.

Dándole un gesto de agradecimiento con la cabeza, vuelvo a mi oficina e intento trabajar un poco más. Ni siquiera diez minutos después, Alice me avisa por el intercomunicador que ha reservado la azotea para las siete.

—Eres un encanto, Alice. Le avisaré a Recursos Humanos que te has ganado un aumento.

—Kelly de Cuthbert Construction va a escupir cuando se entere. Has hecho mi día.

Me río por la línea. —Y tú has hecho el mío. Gracias, Alice.

Ella resopla. —De nada, señor. Y espero que usted y la Srta. Townsend tengan una gran velada.

No me molesto en ocultar mi carcajada de sorpresa. Confía en Alice para saberlo todo. Parece tener el pulso de los asuntos de todos. Es invaluable.

Empujando mi silla hacia atrás, resisto el impulso de correr, logrando mantener un paso digno mientras me dirijo a la oficina donde Emmy está recibiendo su formación.

—Sr. Grant. —La supervisora se levanta de su asiento, al igual que Emmy.

—Voy a tomar prestada a la Srta. Townsend —digo, girando mis ojos hacia mi hermosa chica que se sonroja bajo mi mirada—. Ya casi terminamos por hoy, así que me gustaría repasar parte de su formación con ella antes de que concluyamos.

—Oh. Por supuesto. Lo ha hecho muy bien hoy.

—Como sabía que lo haría —digo, indicando a Emmy que tome su bolso y me siga.

Un momento después, prácticamente empujo a Emmy dentro de mi oficina, cerrando la puerta con el pie mientras la agarro por la cintura y la atraigo hacia mí.

—¡Sr. Grant! —exclama ella.

—Te dije. Ese *no* es como me llamas.

—Drake. —Ella sonríe y dice mi nombre en un suspiro.

—Mejor —digo mientras sello mi boca sobre la suya en un beso duro y apasionado.

—Mmm. Pensé que querías repasar parte de mi formación —susurra, con sus manos contra mi camisa mientras sus ojos adormilados me miran a través de sus espesas pestañas.

—Tal vez quería darte un poco de formación por mi cuenta. Recordarte de quién eres.

Una sonrisa se dibuja en sus mejillas sonrojadas. —Definitivamente no lo he olvidado —dice —. He estado muriendo por verte todo el día. Te he echado de menos.

—No tienes ni idea —digo con voz ronca, arrastrando mi boca a lo largo de su mandíbula hasta que su cabeza cae hacia atrás para darme mejor acceso. Quiero tomarla ahí mismo contra la pared. Quiero subir la sexy falda que lleva puesta alrededor de su cintura, bajar mis pantalones y enterrarme dentro de ella.

Deslizo mis manos bajo su trasero y la levanto del suelo, besándola de nuevo mientras la llevo al otro lado de la habitación y la siento en el borde de mi escritorio, acercándome a ella tanto como puedo estando completamente vestidos. *Dios, he echado de menos esta preciosa boca.*

—¿Me dirías que pare si te desnudara completamente y te follara aquí mismo? —pregunto, envolviendo mi mano alrededor de su pulcro moño y tirando de su cabeza hacia atrás para poder pasar mi lengua por su pulso acelerado.

—No. Soy tuya para que me tomes.

Sus palabras hacen que una oleada de excitación sacuda mi miembro. Gimo.

—Hmm. Debería llevarte a cenar primero. —La atraigo contra mí, frotando mi longitud contra su ápice caliente, su elegante falda ahora arremolinada en lo alto de sus muslos. Sé que si bajara la mano entre nosotros, me esperaría un cielo deliciosamente húmedo. Pero no quiero apresurar las cosas. No. Mi magdalena merece ser mimada antes de que me deje jugar con su galleta.

—De acuerdo. —Ella asiente pero no parece muy ansiosa por detener los besos y los suaves roces en los que estamos participando, moviendo sus caderas contra mi longitud y volviéndome loco con mi deseo de reclamar lo que es mío—. ¿A qué hora?

—La reserva es a las siete —gruño, mis dedos apretándose en su cabello y contra su trasero, frotándonos un poco más cerca, mi boca saboreando la suya entre mis palabras—. Te recogeré a las seis y media.

—De acuerdo. Estaré lista... oh, Dios... estaré lista a las seis. —Ella echa la cabeza hacia atrás, pareciendo tan cerca que no quiero parar. Quiero darle todo, y si eso incluye un orgasmo en mi escritorio, entonces eso es lo que obtendrá—. Santo... ¡oh, Dios! ¡Drake! —Solo hace falta un par de roces más, la fricción llevándola al límite, sus caderas embistiendo contra mí. Atrapo sus gemidos en mi boca, besándola silenciosamente para que nadie en las oficinas circundantes pueda oírla. Y cuando vuelve en sí, tengo una Emmy muy suave y sonriente en mis brazos.

—Y con esa increíble actuación, creo que te mereces salir temprano —digo con una sonrisa de satisfacción—. ¿Nos vemos a las seis y media?

Ella asiente, la adorable bruma lujuriosa en sus ojos haciéndome querer hacer eso por ella -y más- una y otra vez. —¿Y luego crees que podríamos hacer más de eso?

Me río mientras me inclino para besarla. —Definitivamente.

—Bien.

EMMY

—Drake —suspiro, abriendo cada vez más los ojos mientras contemplo la hermosa escena frente a mí—. Este lugar parece sacado de una película.

—¿Te gusta? —pregunta Drake, con su gran mano en la parte baja de mi espalda mientras estamos de pie en la azotea del restaurante más hermoso en el que he estado jamás.

—¡Ya lo creo! —Me giro hacia él y sonrío, sin desear otra cosa que inclinarme y besarlo hasta dejarlo sin aliento. Pero este lugar es tan elegante e impresionante que creo que al menos debería *intentar* comportarme como una dama. Toda la azotea está decorada para parecer un jardín en el cielo, cubierta de hermosas flores, faroles y luces de hadas por todas partes. En el centro hay un gazebo de seda púrpura con una mesa para dos que se ve acogedora e íntima, con una lámpara de calor cerca para mantenernos calientes, y alrededor del borde del techo hay una barandilla de vidrio o plexiglás que le da al jardín un aspecto de borde del mundo—. Esto es tan... *genial*, Drake.

—Me alegro de que te guste, Emmy.

—¿Gustarme? Me encanta. Ni siquiera sabía que existía algo así.

—Siempre hay sorpresas ocultas en este mundo —dice mientras retira una silla para mí una vez que estamos dentro del gazebo—. Solo tienes que estar lista cuando las encuentres. —Mientras el doble sentido de sus palabras se hunde en mí, presiona un beso en mi hombro desnudo antes de tomar asiento a mi derecha. Me gusta que esté a mi lado en lugar de frente a mí. Nos mantiene más cerca y también hace que ambos podamos disfrutar de la vista desde el mismo punto.

—¿Puedo ofrecerles algo de beber? —El camarero se acerca y nos entrega un menú a cada uno antes de deslizar una servilleta de lino sobre mi regazo. He visto este tipo de cosas en películas antes, pero nunca lo había experimentado yo misma. Me siento como en "Pretty Woman", pero sin la parte de la prostituta—. Podría sugerir una buena botella de Chateau le...

—Agua con gas estará bien, gracias —dice Drake antes de que el camarero pueda terminar —. ¿Estás bien con agua, o preferirías un refresco? —Sus ojos se dirigen a mí y de repente, ya no me siento tan adulta.

—Oh, um... agua está bien. Gracias. —Le dirijo una sonrisa al camarero, quien, para su mérito, ni siquiera parpadea ante el hecho de que obviamente no tengo veintiún años. No es que yo *quisiera* beber tampoco, es solo que me hubiera gustado que ese hecho no se hubiera señalado en absoluto.

—Muy bien. Se los traeré mientras les doy un momento para examinar el menú.

—Gracias —decimos ambos al unísono mientras se retira. Entrecierro los ojos mirando el menú.

—¿Te he molestado? —La voz suave de Drake vuelve a captar mi atención.

—No —digo rápidamente—. Es solo que... si querías tomar vino, no me habría importado. No tienes que beber agua solo porque yo no puedo.

—Pediría agua estuvieras aquí o no, nena. No bebo.

—Oh. —Mis ojos vuelven al menú por un momento antes de mirarlo de nuevo—. No sabía eso de ti.

—Quedé huérfano por culpa de un conductor ebrio. Así que nunca he participado —dice simplemente, y asiento en silencio, sin querer presionar por más información de la que está dispuesto a dar.

—Lo siento. No quiero molestarte.

Extiende la mano y la coloca sobre la mía, su pulgar moviéndose de un lado a otro sobre mis nudillos. —Soy un libro abierto para ti, nena. Puedes preguntarme lo que quieras.

—De acuerdo. Entonces, ¿cómo te sentirías si accidentalmente te llamara "papi" una vez? —Sus cejas se alzan, y me apresuro a explicar—. No es que esté buscando una figura paterna o que me interese ese fetiche ni nada. Es solo que sigues llamándome nena y tengo esta reacción automática de responder con "papi", pero me detengo. Es vergonzoso. Pero siento que necesito advertirte en caso de que se me escape.

Una sonrisa curva su boca y arruga los lados de sus ojos mientras desliza su brazo alrededor del respaldo de mi asiento y pasa sus dedos suavemente por mi espalda. —¿Preferirías que me limitara a llamarte magdalena?

Presiono mis labios en una sonrisa mientras asiento enfáticamente. —Me gustaría. Creo que tiene más significado también, ¿no crees?

Se inclina, enganchando un dedo debajo de mi barbilla mientras asiente. —Así es, magdalena —dice, antes de presionar su boca contra la mía y besarme dulce y suavemente. Anhelo que sea profundo y significativo como la forma en que nos besamos, entre otras cosas, en su oficina. Pero me conformaré con esto ya que estamos en público y espero más después del postre esta noche. Tengo la intención de dejar que me lleve a su casa. Sé que es repentino. Pero esto se siente correcto, y quiero estar con él.

—¿Están listos para ordenar? —El camarero regresa con una botella verde oscuro llena de agua y dos copas delgadas llenas de hielo redondo y una rodaja de limón.

—Apenas he mirado el menú —admito, sonrojándome un poco mientras miro a Drake a los ojos. Él sonríe y levanta el suyo.

—¿Quieres que pida por ti?

—Me encantaría —digo, interesada en ver qué tan profunda es su habilidad para leer a las personas. Si yo estuviera pidiendo por él, elegiría algo como un bistec término medio con algún tipo de papa y vegetales como guarnición. Pero esa no es una adivinanza difícil, porque es un hombre, y la mayoría de los hombres elegirían esa comida.

Drake sonríe mientras sus ojos escanean el menú y parecen centrarse en lo que parece ser una apuesta segura. —La señorita tomará la panceta de cerdo, y yo pediré el bistec, término medio. Y para el postre, ella tomará el pastel de lava de chocolate con helado, y yo tomaré el tiramisú.

—Excelente elección, señor —dice el camarero, dándonos un asentimiento mientras se retira antes de regresar rápidamente con una canasta de panecillos calientes y un plato de mantequilla.

—Creo que nunca he probado la panceta de cerdo antes —digo una vez que nos quedamos solos. Tomo un panecillo y observo cómo el vapor se eleva en el aire una vez que lo parto, listo para untarle mantequilla encima.

—¿Te gusta el cerdo asado con piel crujiente?

—Oh, sí, mucho —digo, terminando con la mantequilla y llevándome la mitad del panecillo a la boca—. ¿Es parecido? —Le doy un mordisco y la cremosa mantequilla y el pan fresco explotan en mi boca, haciéndome saber que tengo mucha más hambre de la que creía. Había estado bastante nerviosa en mi primer día, así que no había comido mucho más que el sándwich de mantequilla de maní y jalea que había traído para el almuerzo.

—Sí. Pero mejor. La piel crujiente es más ligera y la carne es muy suave y sabrosa. Ya verás. Una vez que lo pruebes, lo desearás por toda la eternidad.

—Suena delicioso. Pero tengo la sensación de que siempre habrá algo que desearé más.

—¿Ah, sí?

Asiento con la cabeza. —Tengo muy buena información de que esa boca tuya sabe *besar* bastante bien.

—¿Eso es todo lo que deseas? —pregunta, con sus dedos en mi espalda, dibujando pequeños círculos que hacen que mis pezones reaccionen. Me encanta sentir sus manos sobre mí.

—Bueno, no sé si lo notaste, pero hoy me pasó algo bastante especial en tu oficina.

—Oh, claro que lo noté —dice, bajando la mirada y deteniéndose en el escote de mi vestido. No tengo muchos vestidos apropiados para citas. Pero tenía este vestido en mi armario. Es suave y fluido, ajustado en el corpiño y acampanado en la cintura. El corpiño tiene mangas cortas y es de terciopelo negro, y la falda es de un verde esmeralda profundo que cae justo por encima de mis rodillas. Pero el escote está cortado atrevidamente bajo. Para alguien con mis curvas y talla de copa, digamos que hay bastante escote a la vista—. Y estoy luchando por no aprovecharme de ese vestido y repetir lo de antes aquí mismo —gruñe, y Dios me ayude, mi estómago y otras partes más abajo se contraen mientras la anticipación me revuelve el estómago.

—Va-vale —balbuceo, agarrando mi vaso de agua y dando un largo trago, algo para evitar lanzarme sobre él. Eso que le pasó a mi cuerpo en su oficina es la primera vez que me ha pasado algo así. Y no me importa dónde estemos, fue tan bueno que felizmente le dejaría hacerlo de nuevo.

—¿Vale? Vaya, ¿no eres una pequeña traviesa? —Me lanza una sonrisa que hace que mis bragas se incendien y, para colmo, llega nuestra comida.

—Gracias —digo mientras el camarero coloca nuestros platos frente a nosotros. Se ve y huele fantástico, con un grueso rectángulo de cerdo sobre una cama de puré de patatas y zanahorias y judías cortadas finamente a un lado.

—No parezcas tan decepcionada —susurra Drake en mi oído—. Pensé que podríamos llevar el postre para llevar. Entonces podré hacerte llegar tantas veces como quieras en mi casa.

—¿Pimienta recién molida? —pregunta de repente el camarero, y yo jadeo.

—Sí, por favor —digo, aunque mis ojos están en Drake porque *realmente* quiero el postre para llevar. Y realmente, *realmente* quiero ir a su casa.

—Que disfruten su comida. —El camarero asiente cortésmente y desaparece.

Le doy a Drake una sonrisa secreta mientras me lamo los labios y corto mi carne. —Oh, planeo hacerlo.

Una suave risa retumba en su pecho mientras presiona un suave beso en la piel de mi hombro. —Entonces come, magdalena. Necesitarás tu energía.

Hay hambre en sus ojos mientras deslizo el primer bocado de cerdo entre mis labios, y no creo que sea por la comida. Pero me deleito en la forma en que me observa masticar y se alegra de mi reacción al comer una comida tan deliciosa.

—Oh, Dios mío. Esto es increíble. Buena elección, señor. —Sus ojos me lanzan una mirada de advertencia, y me río—. Drake.

—Mejor. —Corta un trozo de su filete y se lo lleva a la boca—. Y me alegro de que sea algo que disfrutes.

—Definitivamente —digo, cortando con hambre otra rebanada. Me encanta cómo el cerdo está tan jugoso y la piel crujiente es fina y crujiente. Es una explosión de texturas en mi boca—. ¿Cómo eran tus padres antes de... Oh, no tienes que responder. Probablemente sea difícil hablar de ello.

—Lo es. Pero quiero que me conozcas, Emmy. Y ellos eran... geniales. Soy hijo único, así que gran parte de su atención se centraba en mí. No me faltaba casi nada, y aunque tuvimos los problemas normales con las tareas domésticas y el cumplimiento de las reglas mientras crecía, realmente no puedo reprocharles nada. Me amaban profundamente y yo los amaba a ellos. Luego estuve en un campamento de béisbol durante el verano del último año, y de repente ya no estaban. Puf. Así sin más. —Abre los dedos para enfatizar—. Los dejé apresuradamente para subir al autobús. Tenía diecisiete años en ese momento, así que estaba más interesado en hablar con mis compañeros de equipo que en pasar el rato con mis padres, y justo cuando estaba a punto de subir esas escaleras, mi padre me llamó. Recuerdo estar allí, con un pie en el autobús, una mano en la barandilla mientras me giraba hacia el sonido. Él y mamá simplemente gritaron: 'Te queremos. Diviértete y no olvides llamar'. —Una sonrisa hermosa pero melancólica cubre su rostro mientras rememora—. Me reí y les hice un gesto con la mano antes de ponerme la gorra sobre los ojos y subir al autobús al ritmo de las bromas de mis compañeros de equipo y los sonidos de besos. Mamá estaba tomando fotos con una de esas viejas cámaras de rollo todo el tiempo, saludándome a través de la ventana hasta que el autobús desapareció de vista. Estaba avergonzado, pero no estaba enojado ni molesto. Solo me reía y sacudía la cabeza porque estaban siendo unos tontos. Pero sabía que era amado. Y supongo que si tienes que perder a tus padres en un accidente de conducción en estado de ebriedad, quieres que tu último recuerdo de ellos sea algo así. —Toma un respiro y vuelve a centrar su atención en mí—. Aun así, preferiría tenerlos vivos, siendo tontos y tomando fotos.

—Parece que eran personas maravillosas. —Le sonrío, preguntándome si se da cuenta de que sus manos están jugando con las puntas de mi cabello, enrollándolo y desenrollándolo alrededor de su dedo distraídamente.

—Lo eran. Estaba hecho un desastre después. Pero me dieron un buen comienzo en la vida y me las arreglé para salir adelante. ¿Qué hay de ti? Imagino que hay una historia detrás de esos grandes y hermosos ojos tuyos, o no serías la única cuidadora de tu abuelo a los diecinueve años.

Le lanzo una sonrisa tensa. —Te diste cuenta, ¿eh? La mía es una historia tan vieja como el tiempo. Mi padre nunca estuvo presente, y mamá tenía sueños demasiado grandes para tener un hijo alrededor. Así que cuando tenía once años, me dejó con mis abuelos y esa es la última vez que alguno de nosotros la ha visto. —Giro mi tenedor por la patata para tener algo en qué concentrarme y no tener que ver su expresión cuando se dé cuenta de que mi propia madre no me quería.

—¿No volvió para el funeral de tu abuela? —pregunta. Levanto la mirada para encontrar que su expresión se ha oscurecido.

—No. Intentamos encontrarla cuando la abuela enfermó. Necesitaba cuidados las veinticuatro horas, y yo todavía estaba en la escuela, y el abuelo también necesita cuidados, pero... —Me encojo de hombros, dejando el resto sin decir—. Simplemente dejé la escuela para cuidarla yo misma. El abuelo estaba furioso, pero le prometí que aún obtendría mi GED, así que llegamos a un acuerdo. Y, sabes, realmente no estaba en condiciones de pasar por toda la experiencia de la escuela secundaria de todos modos. Siempre he estado agradecida por ese

último año que tuve con *ambos* antes de que la abuela falleciera. —Su mano ahora agarra la mía con fuerza—. Hicieron tanto por mí, acogiéndome como lo hicieron, me alegré de haber estado allí para ayudar con la abuela, y ahora estoy feliz de seguir ayudando al abuelo. Es todo lo que tengo.

—Ahora también me tienes a mí —susurra mientras toma mi mano y la levanta hacia su boca, colocando un beso en el centro de mi palma. Una cálida ola de placer vertiginoso me recorre, reemplazando completamente la tristeza de nuestras historias con una sensación de pertenencia—. No entiendo cómo alguien podría abandonar a alguien tan dulce y maravillosa como tú.

—Tal vez no soy tan dulce y maravillosa como piensas —digo, cerrando los ojos mientras me atrae hacia él y presiona sus labios contra mi frente. Me siento tan cálida y segura con él.

—Olvidas que sé leer a las personas, magdalena. Supe en cuanto te vi que tu corazón es puro y bueno. Desde tu primer sonrojo, todo lo que quería hacer era tomarte en mis brazos y cuidarte. Te has convertido rápidamente en todo para mí.

—Oh, Drake —susurro, levantando mis ojos para encontrarme con los suyos.

—Emmy. —Su mano se desliza en mi cabello y me sostiene en su lugar, acercando sus labios a los míos y besándome profundamente. Su lengua se introduce en mi boca y acaricia la mía. Puedo saborear la frescura del limón en su agua y oler la dulzura especiada de su colonia mezclada con nuestra fragante comida.

—Nunca dejes de besarme así —susurro cuando nuestros labios se separan.

—Nunca. —Sus dedos se tensan en mi cabello mientras inclina mi cabeza hacia atrás y se aleja, lo suficiente para poder mirarme a los ojos—. ¿Quieres que te cuide, Emmy? Puedo darte todo lo que siempre has deseado, y todo lo que pido a cambio es la promesa de que eres mía y solo mía.

Sus labios rozan los míos mientras habla, y estoy jadeando, tan llena de anhelo y deseo que creo que le daría la luna si me la pidiera. —Sí. —Asiento, y como recompensa, su áspera palma se desliza por el interior de mi pierna.

—¿Mía para hacer lo que me plazca? —murmura con voz ronca.

—Sí. —Esa declaración es aterradora y emocionante al mismo tiempo. Si no estuviera tan en sintonía con él, no creo que me sintiera lo suficientemente valiente como para pronunciar una afirmación. Pero es Drake, y sé en mi corazón que darle permiso para hacer lo que le plazca no me traerá más que placer.

—¿Sí, qué?

—Sí. Soy tuya. Sí, puedes hacerme lo que quieras.

Él gime mientras toma el control de mi boca una vez más, sus dedos acariciando la suave carne entre mis muslos mientras su mano se desliza bajo mi vestido. —Abre.

—Drake. —Su boca se mueve a mi mandíbula y luego a mi cuello, y jadeo, mis rodillas separándose mientras masajea lentamente hacia arriba—. ¿Es una buena idea?

—Acabas de prometerme que puedo hacer lo que quiera. Y quiero hacerte sentir bien.

—¿Y si alguien nos ve?

—Nadie puede vernos, magdalena —murmura contra mi labio inferior, sus dientes mordisqueándome ligeramente—. Les dije que no queríamos que nos molestaran hasta que yo los llamara mientras te estaban llevando el abrigo. —Pasa su lengua por mi labio inferior, y me estremezco—. Déjame tocarte. —Su voz es suave, casi suplicante. Asiento con vacilación, nerviosamente, pero cualquier incertidumbre que tenga vuela por la ventana cuando su mano se desliza hasta cubrir mi montículo sobre la fina seda de mi ropa interior.

—Drake —jadeo de nuevo, recordando lo bien que se sentía solo frotar contra él completamente vestida en su oficina. Podía sentir lo largo y grueso que era, caliente y duro contra mi núcleo dolorido. La fricción se había sentido sublime, y el resultado fue alucinante. Aun así, no fue suficiente. Quiero más de Drake. *Necesito* más.

—Tus bragas están empapadas, magdalena —susurra, y mi cabeza cae hacia atrás, su boca moviéndose por mi cuello mientras sus largos dedos me provocan suavemente a través de la tela, haciéndome retorcer.

—Drake, por favor —le suplico mientras pasa su dedo arriba y abajo por mi hendidura, pero sin tocarme lo suficiente para darme lo que tan desesperadamente quiero.

—¿Es esto lo que quieres? —Con un movimiento rápido, aparta la tela sedosa a un lado y luego hunde un dedo grueso dentro de mí. Casi me lanzo de mi asiento con un gemido sorprendido, asombrada por lo increíble que se siente su intrusión.

—Shh. —Cubre mi boca con la suya y me besa para silenciarme mientras pulsa su dedo hacia adelante y hacia atrás, dentro y fuera—. Podemos estar fuera de la vista, pero aún tienen oídos. Y soy el único que puede escuchar a mi chica llegar al clímax. ¿Entiendes?

Asiento, mi respiración saliendo en jadeos mientras me vuelve loca de placer, añadiendo un segundo dedo mientras su pulgar se arrastra contra mi clítoris. Mis ojos se ponen en blanco y casi me desmayo por la abrumadora sensación.

—Mírame, Emmy —exige Drake, mientras sus dedos se deslizan, una y otra vez, duro y rápido, una y otra vez—. Mírame cuando te corras en mis dedos.

Con gran esfuerzo, levanto la cabeza para mirar sus ojos, justo cuando un enorme orgasmo me invade. El sonido burbujea en mi garganta, pero su boca vuelve a tragarse mi grito, sus dedos continúan follándome mientras olas y olas de placer me recorren y él me baja lentamente.

Toma un tiempo, pero mi respiración finalmente se nivela, y él retira sus dedos de mi interior. —Wow —es todo lo que puedo decir mientras mi pecho se agita y él desliza su mano de debajo de la mesa.

—¿Bueno? —Sonríe, con orgullo y calor en su mirada.

—Increíble. Mejor que la comida.

Él se ríe entonces, sin apartar sus ojos de los míos, levanta sus dedos, cubiertos con mi humedad, a sus labios y chupa mis jugos. —Hmm. Creo que tienes razón. Definitivamente sabes mejor que la comida.

Dejo escapar un gemido sin restricciones, casi llegando al clímax por segunda vez solo con ese acto. —Joder, eso es ardiente.

—Entonces salgamos de aquí. Quiero estar dentro de ti, Emmy, y no quiero que nuestra primera vez sea en la azotea de algún hotel. Te quiero en mi cama, desnuda y extendida para mí cuando me corra dentro de ti.

Mi lengua sale para humedecer mis labios. —¿Es esta la parte donde pedimos el postre para llevar?

Él se ríe mientras toma la campana en el centro de la mesa y me la entrega. —Definitivamente es esa parte de la noche —dice, mientras me deleito levantando la campana para llamar a nuestro camarero, preguntándome si tiene *alguna* idea de lo traviesos que hemos sido.

DRAKE

—¿Me llevas de vuelta a la oficina? —pregunta Emmy, tratando de seguirme el paso mientras prácticamente la arrastro por las escaleras de la entrada del edificio y luego hacia adentro, en dirección al ascensor, haciendo un breve gesto con la cabeza al portero que nos da la bienvenida.

—No exactamente —respondo, tirando de ella hacia el ascensor y preguntándome si aguantaré el trayecto hasta mi apartamento.

—Solo pregunto porque he estado pensando en ese hermoso escritorio de tu oficina y en cuánto me gustaría que me tendieras sobre él alguna vez.

Me giro bruscamente para mirarla, sonriéndome con picardía. Se acerca más, sus manos se elevan para aferrarse a mis hombros.

Joder.

—¿Quieres que te... lo haga sobre mi escritorio? —pregunto, encantado con lo abierta y deseosa que es conmigo.

—Sí, por favor —me atrae hacia ella, y yo cedo voluntariamente un poco de control mientras desliza su ardiente lengua por mi mandíbula hasta mi boca, lamiendo mi labio inferior—. Pero no esta vez. Por mucho que lo disfrutaría, creo que me gustaría que mi primera vez fuera en una cama —susurra, aún provocando mis labios con su lengua.

Me quedo paralizado cuando sus palabras calan en mí.

Su primera vez. *Su primera vez.*

Ya lo sospechaba. Su sonrojo y su inocencia de ojos abiertos me hicieron estar seguro de que era inexperta. Pero esto es mucho más de lo que anticipé. *Su primera vez.* Algo caliente y posesivo se retuerce en mi vientre y me aparto bruscamente, mirándola a la cara.

—¿Eres... virgen? —pregunto, y ella asiente antes de fruncir el ceño, luciendo de repente un poco preocupada e insegura.

—No es gran cosa, Drake. Solo te lo dije porque, bueno... —Se encoge de hombros con nerviosismo—. Lo habrías descubierto pronto de todos modos. Sé que la mayoría de los hombres prefieren mujeres con más experiencia, pero te prometo que no haré un drama de ello. Yo...

—Es importante, y me encanta ser el primero, magdalena. El único —digo mientras agarro su trasero y la levanto. Ella grita cuando sus largas piernas se envuelven alrededor de mi cintura y sus manos se aferran a mi cuello.

—Drake, bájame —jadea—. Soy demasiado pesada.

La interrumpo con un beso intenso, apoyándome contra las paredes del ascensor mientras lo hago, sin que me importe un carajo que la sala de vigilancia probablemente esté disfrutando del espectáculo. Cuando el ascensor suena, nos separamos, ambos con la respiración entrecortada

mientras las puertas se abren y la llevo a mi casa.

Sin apartar los ojos de ella, la llevo directamente a mi dormitorio y la deposito en la cama como el precioso regalo que es. Mientras se recuesta, su cabello se extiende como un halo alrededor de su rostro angelical, y sus pechos casi se desbordan de ese sexy escote, tentándome con su cuerpo pecaminoso. Mi deseo por su cuerpo gana, y le bajo el vestido arrastrando con él las copas de su sujetador. Sus pechos rebotan libres, listos para que envuelva mi boca alrededor de ellos.

—Eres tan hermosa, Emmy. No sé qué hice en este mundo para merecerte —digo, mientras me inclino y tomo uno de sus pezones rígidos en mi boca.

—Compraste todos mis cupcakes —los dedos de Emmy se enredan en mi cabello mientras gime, arqueando la espalda. Sus pechos presionan con más fuerza contra mi boca mientras chupo y lamo todo lo que puedo, mordisqueando suavemente. Sus manos se aferran a la sábana mientras se retuerce debajo de mí.

Libero su pezón momentáneamente, quitándome la chaqueta. Emmy se apoya sobre sus codos, sus gloriosos pechos con sus botones apretados rebotando suavemente mientras se mueve. Me observa arrojar la chaqueta a un lado antes de sentarse, con el vestido acumulándose alrededor de su cintura mientras me ayuda a sacar la camisa de mis pantalones. Prácticamente la desgarra y luego su boca está sobre mí, su lengua trazando besos húmedos por mi abdomen, deteniéndose para mordisquear juguetonamente mi piel de vez en cuando. Luego se detiene y coloca sus manos en la cintura de mis pantalones, sus dedos temblando mientras intenta desabrochar el botón. —Lo siento. Quiero hacerlo. Estoy nerviosa —explica.

—Déjame ayudarte —me deshago rápidamente de la bragueta, luego ella me ayuda a bajar la tela hasta que quedo libre, mi polla dura y palpitante frente a ella.

Sus ojos se abren de par en par mientras me mira. —Es grande —susurra.

—¿Te asusta? —Desnudo y erecto, una polla gigante a solo centímetros de la cara de alguien podría ser intimidante en cualquier circunstancia, particularmente la primera vez.

—No. ¿Puedo... —Se aclara la garganta—. ¿Puedo tocarla? Quiero decir, ¿tocarte?

Sonriendo, niego con la cabeza. —Emmy, si me tocas ahora, te encontrarás de espaldas y te follaré tan duro que no podrás caminar derecho mañana.

Ella traga visiblemente, retorciéndose. Mi sonrisa se ensancha.

—¿Te gustaría eso, verdad?

Asiente, con los ojos aún fijos en mi polla. Vuelve a mirarme. —Sí, por favor.

Me río y una vez más la empujo suavemente contra las almohadas hasta que queda medio reclinada, observando cómo se mueven sus pechos mientras se acuesta.

—Quítate el sujetador, magdalena —ella alcanza detrás de su espalda, desabrocha su sujetador y lo arroja al suelo. Mientras mis ojos siguen la prenda de encaje hasta el suelo, mi dulce y ansiosa Emmy aprovecha mi distracción y se deshace rápidamente de su vestido, deslizándose fuera de él.

Para cuando vuelvo a mirar, está allí tendida ante mí, completa y *asombrosamente* desnuda. —Traviesa —sonrío, pero mi diversión desaparece rápidamente mientras mis ojos recorren ávidamente su cuerpo—. Sexy —poniendo una rodilla entre sus muslos, los separo suavemente, apartando sus manos mientras intenta ocultarse de mí—. Dios mío —respiro pesadamente—. Mírate. ¿Y todo esto es mío? ¿Ningún hombre lo ha tocado nunca?

—No. Nadie lo ha hecho. Eres mi primera vez en todo.

Sus palabras se convierten en un gemido cuando alcanzo y deslizo mi dedo a lo largo de su canal. —Empapada —gruño mientras arrastro ese dedo hacia abajo y lo inserto en su núcleo—.

Estás desesperada por ser saboreada, ¿verdad?

—Oh, Dios. Sí.

Me inclino y paso mi lengua por su hendidura, probándola por primera vez. —Dulce, dulce Emmy —murmuro mientras chupo su clítoris, acariciando el botón con mi lengua antes de presionar dos dedos en su entrada y luego deslizarlos dentro, follándola con mi mano y mi boca.

—Oh, Drake. Oh, Dios.

Sabe a gloria, y tiro de una de sus piernas sobre mi hombro para poder presionarme más cerca y lamerla aún más. *Deliciosa.*

Mientras la como, Emmy deja escapar un flujo constante de pequeños gemidos sensuales. Curvo mis dedos dentro de ella, frotando su punto G mientras lamo y succiono, adorando cómo se retuerce con puro abandono. No pasa mucho tiempo antes de que se corra contra mi boca y sienta sus paredes contraerse, ordeñando mis dedos. —¡Draaaake!

Redoblo mis esfuerzos cuando su orgasmo llega, reemplazo mis dedos con mi lengua, engancho mis brazos alrededor de sus muslos y la mantengo apretada contra mí mientras bebo con avidez sus fluidos, manteniéndola en lo alto antes de traerla lentamente de vuelta.

—¡Oh, Dios! ¡Drake! ¡Jodeeer!

Cuando su cuerpo se vuelve líquido, me retiro y sus piernas caen flácidamente sobre la cama. Me da gran placer ver esa mirada satisfecha en sus ojos, su centro aún brillando de excitación, rosado e hinchado y deseando más.

—¿Estás lista para mí, Emmy? —murmuro mientras cubro su cuerpo con el mío, mi polla arrastrándose por su muslo hasta descansar en su estómago.

—Creo que he estado esperando toda mi vida por ti, Drake —dice, arrastrando perezosamente su brazo fuera de la cama y alcanzando entre nosotros—. Estoy más que lista.

Siseo al sentir su suave mano envolver la base de mi polla. Sus ojos vidriosos fijos en mí mientras mueve lentamente su mano arriba y abajo, arriba y abajo. Bombea mi polla y gimo un poco cuando su otra mano sube para acariciar mis bolas.

Incapaz de soportar más, agarro ambas manos y las arrastro hacia arriba, inmovilizándolas a ambos lados de su cabeza.

—Si sigues haciendo eso, me correré sobre tu estómago —digo, observando cómo sus mejillas se sonrojan.

—Eso quería.

—Cuando me corra, Emmy, será cuando esté enterrado hasta las bolas dentro de ti, y después de haberte hecho correr de nuevo.

—¿De nuevo? —chilla, con los ojos muy abiertos.

—De nuevo —prometo.

Soltando sus brazos, me muevo hacia abajo de su cuerpo y me posiciono en su entrada, circulando mi punta a través de sus sedosos jugos. —¿Estás lista?

Ella asiente.

—En cualquier momento que sientas que quieres parar...

—Drake, solo métela. ¡Ahora! —Sus ojos brillan como los de una niña petulante, y no puedo evitar reírme.

La sensación más extraña recorre mi columna mientras mi risa se desvanece y entro en ella. Lentamente, muy lentamente, su calidez envolviéndome mientras sus pies se enroscan alrededor de mi trasero y me instan a acercarme, a profundizar. Su boca se abre y sus pezones se tensan, y me doy cuenta sin duda alguna de que estoy enamorado de ella. Esta chica que puede hacerme rugir de risa y jadear de deseo. Esta chica que ha tomado a un hombre que casi había perdido la

esperanza y ha llenado su vida de sol y felicidad con algo tan simple como elegir la magdalena correcta. Desde el momento en que la conocí, me sentí visto. Me sentí conectado. Sentí que pertenecíamos juntos. Y para un hombre sin familia, ese sentimiento era algo que había estado anhelando sin darme cuenta de cuánto.

Me detengo mientras el conocimiento llena mi mente y mi corazón, y se extiende por mi cuerpo mientras nos unimos de la manera más íntima. *La amo.*

Emmy levanta la mano y atrae mi cabeza para besarme. —Por favor, Drake. Necesito que te muevas.

Sudando por el control y la concentración que me toma no llegar al clímax cuando su estrechez me aprieta, retiro mis caderas y me muevo lentamente. Emmy gime, sus caderas empujando hacia arriba para encontrarse con las mías en un movimiento lento y amoroso.

Quiero que este momento dure para siempre. Quiero permanecer unido a ella y sentir esta intensidad hasta el día en que muera. Pero a medida que nuestras caderas chocan, una y otra vez, el impulso de terminar se vuelve demasiado. Siseando entre dientes, bajo la mano entre nosotros y giro el pulgar sobre el clítoris de Emmy, haciendo que eche la cabeza hacia atrás y suelte un aullido formidable. Sus paredes se tensan y luego palpitan, exprimiendo mi semilla en un chorro poderoso de calor fluyente.

—Joder, Emmy. Me estás ordeñando perfectamente.

—Oh, Dios. Drake. No sabía. No... Oh, Dios, no tenía idea de que sería así. —Con un fuerte jadeo y un grito, nuestra liberación combinada disminuye, y me derrumbo sobre ella, besándola suave y lentamente mientras llora suavemente y tiembla en mis brazos.

—¿Estás bien? —pregunto, empujándome sobre mis brazos y limpiando las lágrimas de sus mejillas.

—Estoy perfecta —jadea—. Eso fue simplemente... tan maravilloso. Nunca imaginé. Fue...

—Te amo, Emmy —susurro, besando sus lágrimas y sus sollozos, prometiendo que siempre estaré con ella.

EMMY

¿Me ama? Mientras el pecho de Drake sube y baja con su respiración durante el sueño, me quedo ahí en sus brazos, sintiendo una fría sensación de pavor que reemplaza el cálido resplandor de nuestra entrega amorosa. Me ama.

Deslizándome bajo su pesado brazo, me cubro la boca mientras corro hacia el baño, conteniendo los sollozos que simplemente no parecen cesar. *Me ama.*

Yo quería eso. Sé que lo quería. He estado desesperada por la oportunidad de un amor verdadero durante toda mi vida. Pero escuchar esas palabras... no sé por qué, pero duele. ¿Me *ama*?

Agarrando una de sus camisas de botones del cesto de ropa sucia, la envuelvo alrededor de mi cuerpo y luego abro el grifo, salpicando un montón de agua sobre mi cara mientras intento calmarme lo mejor que puedo. El sexo con Drake fue hermoso. Fue fenomenal, en realidad. Pero ahora, bajo la fría luz del resplandor posterior, no puedo contener el flujo de lágrimas. *Me ama.*

Mi madre dijo que me amaba.

Pero me abandonó por un sueño y nunca volvió.

Pop dice que me ama.

Pero iría a encontrarse con la abuela en el más allá en el segundo que tuviera la oportunidad.

Ahora Drake dice que me ama...

Y no sé cómo tomarlo. De alguna manera, cuando afirmó que me poseía, eso se sintió más estable y seguro que una palabra como "amor". En mi experiencia, las personas que me aman se van. Y no quiero que Drake se vaya.

Pero, ¿cómo puede quedarse? ¿Cómo podemos *nosotros* funcionar seriamente?

Antes de este momento sobrio justo aquí, había estado viviendo en una nube llena de emociones cargadas de lujuria. Y ahora, mientras la dura luz sobre el tocador brilla sobre mi rostro pálido, recuerdo lo que soy. Una chica de diecinueve años sin absolutamente nada que ofrecer excepto su virginidad. Y ahora que eso se ha ido, ¿qué más queda?

Drake es un hombre de cuarenta y cinco años. Tiene su propia *empresa*. Y por lo que se ve, vale millones de dólares. ¿Qué demonios podría querer a largo plazo con una chica como yo?

En realidad, estoy molesta conmigo misma por lo ingenua que he sido, creyendo en este cuento de hadas. Literalmente nos conocimos hace no más de una semana. Hemos tenido dos comidas y múltiples orgasmos, ¿y ahora se supone que debo creer que así es como empieza? ¿Que mi felices para siempre es un hombre hermoso que me dobla la edad, que está ahí fuera profundamente dormido y prometiéndome el mundo? ¿Pero por cuánto tiempo? ¿Para siempre? ¿Hasta que la novedad se desgaste? ¿Hasta que ya no sea joven? ¿Cómo funciona algo así?

Quiero creer en sus palabras. De verdad. Pero suena demasiado bueno para ser verdad. Y si

hay un poco de sabiduría que mi abuela —que era una mujer práctica— me impartió, es esta: *Si parece demasiado bueno para ser verdad, solo te romperán el corazón.*

En mi mundo, la chica pobre y rota no se queda con el hombre guapo y rico. En mi mundo, la niña pequeña emocionada por tener una madre famosa nunca vuelve a ver a su mamá. En mi mundo, un hombre no aparece de repente con promesas de amor y una vida fácil a menos que esté planeando usarte y luego desecharte. En mi mundo, tengo que proteger mi corazón. En mi mundo, yo me rescato a mí misma.

Exhalando un suspiro constante, sé en lo más profundo de mi ser lo que necesito hacer. Manteniendo puesta la camisa de Drake, rápidamente recojo mis cosas y camino de puntillas hacia la puerta, saliendo del apartamento y de la vida de Drake Grant para siempre. Lo que tuvimos fue hermoso y puro, pero la realidad es que una chica como yo no puede quedarse con un hombre como él. Y no quiero quedarme para descubrir cuán complicado se vuelve cuando termine. No. Mi abuela tenía razón. Una chica definitivamente debería proteger su corazón. Y de cierta manera, mi madre también tenía razón: debería perseguir *mis* sueños.

Si tan solo tuviera una mínima idea de cuáles son...

DRAKE

—Buenos días, se... —Alice cierra la boca de golpe en el momento en que ve mi cara mientras entro como una furia en mi oficina. Mi humor es negro y no muestra signos de mejorar.

Emmy no estaba en la cama cuando desperté.

Emmy no está en su escritorio.

Emmy no contesta su teléfono.

Emmy.

Emmy.

Emmy.

¿Dónde está?

Mierda.

Cuando desperté y me di cuenta de que no estaba conmigo, la llamé y busqué por todo el apartamento. Luego llamé a su celular y dejé una docena de mensajes en su buzón de voz. Intenté razonar conmigo mismo sobre por qué no estaba allí. Incluso le envié un mensaje de texto por si algo había pasado con su abuelo y no podía hablar.

Y entonces empecé a preocuparme de haber hecho algo para alejarla. ¿Se había lastimado con nuestro acto de amor? ¿Había sido demasiado intenso? ¿La había presionado demasiado?

Mi última esperanza era pensar que simplemente había ido a casa a cambiarse para no tener que venir al trabajo con ese sexy vestido verde de anoche. Eso tendría sentido. Pero cuando llegué a la oficina, tampoco estaba aquí. Su supervisor dijo que no se había presentado. *Mierda.*

Alice me trae un café fuerte y coloca una petaca de whisky justo al lado. —Por si acaso —dice con una sonrisa comprensiva.

Me bebo el café, pero no toco el whisky. No importa cuán estresado esté, nunca rompo mi regla de no beber. Pero tengo que admitir que estuve tentado. No es todos los días que esperas despertar junto a tu alma gemela y encuentras una cama vacía en su lugar.

Recogiendo la petaca, decido que no voy a quedarme sentado esperando todo el día. Algo ha pasado, y como hombre de acción, necesito averiguarlo.

—Cancela todas mis reuniones para el resto del día —digo mientras coloco la petaca en su escritorio—. Necesito salir.

—De acuerdo. Pero si está tratando de encontrar a la señorita Townsend, ¿puedo ofrecerle una sugerencia?

—Adelante —digo, esperando que de alguna manera Alice y sus ojos que todo lo ven tengan alguna información que yo no tenga. Porque haré lo que sea necesario para encontrarla. Y cuando lo haga, voy a retorcerle su lindo cuello por dejar *nuestra* cama sin decir una palabra. *Dios, ¿en qué estaba pensando?* ¿Y se arrepiente?

—Tal vez podría intentar usar esa aplicación de Buscar mi iPhone, señor. Es muy útil cuando intento localizar a mi marido, que es terrible con las direcciones.

—¿Buscar mi iPhone? Está bien. Gracias, Alice —digo, escribiéndolo en la barra de búsqueda de mi teléfono mientras me doy la vuelta y salgo.

Un minuto o dos después, estoy en el estacionamiento de mi edificio, listo para conducir hasta un asilo de ancianos, que es donde la aplicación mostró que ella estaba.

—No puedes huir de mí, magdalena. Prometiste que eras mía —murmuro, mis manos agarrando el volante mientras salgo de la ciudad.

Cuando llego, el teléfono está en movimiento, y me encuentro siguiendo un Chevy azul. No puedo ver el interior, pero algo en mí me dice que es ella en ese viejo coche grande. Y cuando ella se detiene en el camino de entrada de su casa, me lleno de alivio. *Está a salvo.*

Me detengo frente a la casa de al lado, observándola salir del coche y dirigirse a la casa, con una bolsa de comestibles en las manos. Algo en verla haciendo cosas normales cuando siento que mi vida se está desmoronando me enfurece. Pero intento decirme a mí mismo que hay una razón perfectamente plausible para todo esto. Después de todo, sé que lo que tenemos juntos es real. Estamos destinados a estar juntos.

Una vez que está dentro y he recogido mis pensamientos, salgo de mi coche y lo cierro, caminando hasta su puerta principal y golpeando bruscamente, esperando impacientemente a que abra.

Cuando lo hace, una abrumadora oleada de alivio me golpea, seguida casi instantáneamente por preocupación. Se ve terrible, a pesar de su ropa limpia y cabello arreglado, sus ojos están hinchados y rojos. Su nariz también parece roja, como si tuviera un resfriado, o hubiera estado llorando toda la noche.

Mierda.

¿Qué hice?

—¿Puedo pasar? —pregunto. Y cuando ella simplemente se queda allí mirándome, camino hacia adelante, obligándola a retroceder mientras entro en su casa.

—¿Dónde está Pop? —pregunto cuando cierro la puerta detrás de mí.

—Está en el asilo de ancianos. Hoy es su juego de cartas semanal con sus amigos. —Se queda allí con los brazos colgando sueltos a los lados, sus ojos negándose a encontrarse con los míos.

—¿Y qué hay de ti? ¿Qué está pasando contigo?

—Nada. —Su voz es pequeña mientras levanta las manos y estudia sus palmas—. Solo estoy guardando las compras y decidiendo qué voy a preparar para la cena.

—¿Eso es todo?

Levanta sus ojos hacia los míos y parpadea. —Sí.

—Jesús, Emmy. Desperté y te habías ido. ¿Sabes lo preocupado que estaba, especialmente cuando no viniste a trabajar hoy? ¿Qué pasó? ¿Estás enferma? ¿Te lastimé?

Ella niega con la cabeza y baja los ojos.

—Emmy. —Doy un paso más cerca. Pero me detengo abruptamente cuando ella retrocede y sus manos se envuelven alrededor de sus costados, y mira al suelo entre nosotros.

—Drake...

—Mierda. No. No hagas lo que creo que estás intentando hacer —digo, viendo las señales y sabiendo lo que se avecina. Es todo lo que puedo hacer para no abrazarla y encerrarnos a ambos en una habitación hasta que pueda arreglar las cosas. Porque *tienen* que estar bien. Dos personas como nosotros no se encuentran simplemente para luego terminar. No. Nos encontramos y

vivimos felices por siempre. Así es como funciona.

—Drake. Tengo que hacerlo —susurra, levantando sus ojos hacia los míos mientras se le llenan de lágrimas.

—No, magdalena —Mi voz es suave, y hasta para mis propios oídos, suena ronca y llena de súplica—. Lo único que tienes que hacer es meterte en mis brazos y prometerme que nunca volverás a huir de mí.

Ella suelta un suspiro entrecortado. —Voy a presentar mi renuncia —Mi corazón cae a mi estómago mientras sus palabras me golpean como un martillo—. Pensé que podría hacerlo, pero es demasiada responsabilidad para mí en este momento. No sería justo que siguiera trabajando para ti cuando yo...

—No lo hagas —espeto, interrumpiéndola.

Su cabeza se echa hacia atrás. —Señor Grant, yo...

—No lo hagas —gruño, observando cómo parpadea rápidamente y una lágrima se desliza por su mejilla—. No empieces con esa mierda otra vez. No conmigo. Anoche estabas gritando mi nombre mientras estaba enterrado profundamente dentro de ti, Emmy. Te entregaste, te prometiste, y estoy aquí para asegurarme de que entiendas exactamente dónde perteneces.

El rubor de la indignación sube furiosamente por sus mejillas. —¡No tengo *nada* que ofrecerte! —grita de repente.

—¿De qué estás hablando? —discuto—. Todo lo que quiero eres tú. ¿No puedes entender eso? No te alejes de esto, Emmy. No renuncies.

—Tengo que hacerlo, Drake. ¿Tú y yo? Simplemente no funcionaremos. Y nos estamos engañando si pensamos que lo haremos —llora, su pecho hipando. Todo lo que quiero hacer es extender la mano y abrazarla, acunarla en mis brazos hasta que sus lágrimas cesen y todo el mundo esté bien de nuevo. Pero no creo que eso sea lo que ella quiere.

Tomo un respiro profundo. —Ya veo. Esto es porque soy demasiado viejo para ti, ¿no es así? Eres tan joven, tan hermosa, amable e inteligente. Me hiciste reír y sentir como si hubiera luz en el mundo. Y luego fui y lo arruiné todo anoche yendo demasiado rápido. Eso fue estúpido. Solo estaba... estoy tan seguro de ti, Emmy. Te miro y todo lo que veo es mi futuro. Quiero despertar a tu lado cada mañana y dormirme a tu lado cada noche. Quiero que tengas mis hijos. Quiero que compartas mi vida, mi carrera y mi corazón. Te quiero en todos los aspectos de mi mundo, magdalena. Pero supongo por ese ceño fruncido y ojos abiertos, que no sientes lo mismo por mí. ¿Es eso correcto?

Inclinando la cabeza hacia un lado, traga saliva y niega ligeramente. —Drake, yo...

—Está bien. Lo entiendo. Eres joven. Yo soy viejo. Y debería haber sabido que no debía dejarme llevar tanto. Diablos, ¿en qué estaba pensando? —Me paso la mano por el pelo y suelto un suspiro—. Tengo edad suficiente para ser tu padre. Tienes toda la vida por delante, y deberías estar ahí fuera viviéndola, pero en su lugar, yo estaba tratando de empujarte a algo para lo que definitivamente no estás lista. ¿Quién quiere hijos a los veintitantos hoy en día? ¿Verdad? —Intento reír, pero no me sale, así que suspiro en su lugar.

—No, Drake...

—De todos modos, no vas a renunciar, Emmy. No por nada, mucho menos por mí. No importa lo que haya pasado entre nosotros, y no importa cómo te sientas ahora por mí, lo que hicimos anoche nunca se interpondrá en tu futuro. Eres un activo para el equipo —le aseguro, desesperado por convencerla de que no salga completamente de mi vida—. Tienes una oportunidad frente a ti que te llevará lejos y te establecerá de por vida. Tienes lo que se necesita para llegar lejos en este juego, así que de ninguna manera voy a dejar que renuncies. No puedes

renunciar al mejor trabajo que has tenido. No porque un viejo tonto se enamoró de ti en el momento en que te miró. —Le doy una última mirada anhelante, desesperado por tocarla, pero sabiendo que ya he hecho más que suficiente de eso. *Maldito idiota*—. Estoy divagando ahora, así que lo dejaré ahí. Supongo que eso es todo lo que realmente necesito decir: conserva el trabajo. Me aseguraré de mantenerme al margen. Adiós, Emmy.

Me giro hacia la puerta, pero antes de que pueda moverme un centímetro, Emmy se lanza hacia adelante, sus brazos rodeando mi cuello mientras se arroja a mis brazos. —¡Detente!

—¿Emmy? —Mis ojos buscan los suyos con incredulidad.

—Dios mío, divaga peor que yo —dice, llorando y riendo al mismo tiempo.

—Yo... no entiendo.

—Yo tampoco. Pero por favor, no te vayas —llora, enterrando su cara en mi cuello, grandes sollozos que sacuden su cuerpo—. Te necesito.

Sorprendido por el rápido cambio de eventos, me toma un momento, pero cuando finalmente logro reunir mis sentidos, mis brazos la rodean y la levanto del suelo. Ella envuelve sus piernas alrededor de mi cintura, aún abrazándome y llorando aún más fuerte. —Está bien, magdalena —la calmo—. Todo va a estar bien. Estoy aquí.

Llevándola hacia la sala de estar, nos sentamos en el sofá con ella en mi regazo y froto mi mano sobre su espalda, apartando su cabello sobre su hombro, besando su cuello y sus mejillas calientes que están mojadas con lágrimas saladas. —Lo s-siento mucho —solloza—. Yo... no sé qué me p-pasa.

—Emmy, por favor, no llores —suplico—. ¿Por qué no intentas decirme qué está mal? Quiero saberlo.

—No eres tú —dice, su voz saliendo en un hipo tembloroso.

—¿Qué no soy yo?

—Esto —Aparta su rostro de mi cuello, y su cara roja y manchada de lágrimas mira hacia la mía. Paso mis dedos por sus mejillas húmedas, limpiando sus lágrimas y ella levanta la mano para mantener la mía en su lugar.

—¿Estás diciendo que no estás llorando por algo que yo hice?

Ella asiente.

—¿Estás llorando por otra cosa?

Niega con la cabeza, y estoy completamente confundido.

—Estoy llorando porque te amo.

Inhalo bruscamente, aún confundido pero lleno de renovada esperanza de todos modos.

Ella sigue hablando: —Te amo, Drake. Te amo tanto. Tanto que me asusta absolutamente. ¿No lo entiendes?

No lo entiendo, realmente no lo entiendo, y todavía estoy demasiado conmocionado por su declaración de que me ama como para realmente intentar entenderlo.

—Todos los que amo. Todos los que me aman. Todos se van —llora ella, con nuevas lágrimas brotando—. Drake, tengo mucho miedo de que tú también me dejes algún día. Crees que no lo harás. Pero eso es lo que pasa. La gente dice que te ama y luego un día, simplemente se van. Se van y te dejan atrás, preguntándote qué podrías haber hecho mejor para que se quedaran.

—Oh, Emmy. Eso nunca podría pasar —suspiro, pasando mis dedos por el borde de su cabello.

—No puedes saberlo. No puedes amarme, Drake. No entiendo cómo podrías. Un día te darás cuenta de que no soy más que una chica tonta, ¿y entonces qué? Apenas superé lo que hizo mamá. Pero Drake, te amo tanto. Si te fueras, no podría soportarlo.

Mientras sus palabras salen atropelladamente de su boca, de repente todo tiene sentido. Estamos avanzando tan rápido y sintiendo tanto que la asusté. Para mí, el amor es la emoción suprema, pero para ella —una niña que fue abandonada— el amor es algo sospechoso. Coloco mis manos a ambos lados de su rostro y la sostengo para que me mire directamente.

—Oh, Emmy. Mi dulce y hermosa Emmy. Sí te amo. Más de lo que puedo comprender. Y sé en mi corazón y en mi alma que ni siquiera podría respirar sin ti, mucho menos alejarme. Pero si te hace sentir mejor, no lo diré hasta que te sientas cómoda diciéndolo tú también. Y si ayuda, te diré que te odio en su lugar. Demonios, diré que te odio tanto que quiero tenerte cerca para siempre solo para poder torturarte. ¿Te parece bien?

—Eso depende —sorbe, con una leve sonrisa tirando de su boca—. ¿Cómo planeas torturarme?

Me inclino cerca. —De la misma manera que lo hice anoche. Me gusta escucharte gritar, magdalena. Así que torturarte tan a fondo sería mi máximo placer.

—Tortúrame ahora —jadea, moviendo sus caderas contra mí y despertándome muy rápidamente.

—¿Ahora? —Miro en sus ojos, y ella asiente. Entonces mi boca se estrella contra la suya, mis manos se hunden en su suave cabello mientras la beso y la reclino en el sofá.

—Oh, Drake —Sus manos trabajan en los botones de mis pantalones, y baja la cremallera para liberarme, sus manos envolviendo mi polla y apretando suavemente.

Enloquecido por la lujuria, el alivio y una sensación de euforia, la levanto un poco mientras le bajo los pantalones de chándal por las piernas, empujándolos al suelo para poder posicionarme contra su abertura y deslizarme dentro de su ridículamente húmeda y lista entrada. Su cabeza cae hacia atrás, revelando la cremosa extensión de su cuello mientras se mueve frenéticamente contra mí, mis caderas embistiendo en ella con igual fervor.

—Maldita sea.

—¡Drake!

—Emmy.

Ambos llegamos al clímax, aferrándonos el uno al otro mientras nos desplomamos contra el sofá, jadeando y tambaleándonos por nuestro orgasmo combinado y la intensidad de la emoción que viene de estar juntos.

—Te amo —suspira Emmy, sus manos jugando con un botón de mi camisa.

—¿Se me permite decirlo de vuelta? —pregunto, besándola suavemente antes de apoyarme en mi mano y sostenerme sobre ella.

—Siempre que prometas nunca dejarme.

—Lo prometo —susurro, bajando mi cabeza y besándola de nuevo—. Pero tienes que prometer lo mismo. Porque hay algo que quiero preguntarte, y no quiero que te vayas de nuevo porque te asusté, ¿de acuerdo? Pero es importante, y significará que estaremos juntos por el resto de nuestras vidas.

—De acuerdo —Sonríe dulcemente mientras sus ojos buscan los míos.

—Cásate conmigo —suelto, tomando un riesgo enorme y esperando que valga la pena. En mi corazón, sé que ella es mi única, pero estoy arriesgándome a que esto sea lo que necesita para sentirse segura en nuestra relación.

—¿Casarme contigo?

—Sí. Cuando te dije que te amaba, ese amor no vino con un plazo o con cláusulas. Te amo incondicionalmente e irrevocablemente, Emmy Townsend. Quiero casarme contigo y estar contigo siempre. Y si eso significa que vivo aquí o que Pop venga a vivir con nosotros en mi

casa, o que consigamos una casa completamente nueva, eso es lo que haremos. Lo que quieras, como lo quieras, es tuyo.

—¿Y los niños?

—¿Niños? Demonios, sí. Quiero que tengas mis hijos. Uno, dos... seis. Lo que Dios decida darnos. Y planeo practicar haciéndolos contigo también, muchísimo. Porque nunca se puede tener demasiada práctica.

—Eso he oído —La sonrisa de Emmy se ensancha mientras sus ojos se empañan de nuevo, pero yo niego con la cabeza.

—No, magdalena. No llores. Quiero que me mires cuando te diga esto. No te voy a dejar, nunca. Apenas estamos empezando y estás atrapada conmigo. Siempre. No me voy a ninguna parte.

—Te amo, Drake —susurra, y Dios, me encuentro endureciéndome de nuevo, aún dentro de ella.

—Emmy, si crees que puedes decirme que me amas cuando aún estoy dentro de ti y luego irte, piénsalo de nuevo.

Ella deja escapar una risa feliz, pero su respiración se entrecorta cuando me siente dentro de ella.

—Y me encantaría ser tu esposa —dice, moviendo sus caderas contra mí y haciendo que sea realmente difícil controlarme.

—Estás a punto de recibirlo, Emmy. Sigue hablando.

—Y quiero tener tus bebés también. Te amo, Drake —Le devuelvo una sonrisa lobuna mientras levanta los brazos y le quito la camisa por la cabeza.

—Yo también te amo, Emmy. Y estoy a punto de convertirte en la esposa más feliz y mejor follada de toda la tierra.

—En ese caso —dice, retorciéndose para quitarse el sujetador—. Creo que deberías callarte y besarme. Tu prometida espera al menos cuatro orgasmos al día.

—¿Cuatro? Bueno, creo que podemos hacerlo mejor que eso —bromeo, bajando mi boca a la suya.

EPÍLOGO 1

Emmy

Dos años después

—¿Lista, Emmy, mi niña? —pregunta Pop, y lo miro de reojo, sonriendo mientras otra lágrima gruesa rueda por su mejilla. Durante la última hora, había alternado entre soltar un gran resoplido y secarse los ojos.

—Pop —suspiro, aún sonriendo mientras niego con la cabeza—. Eres un sentimental.

—Te ves tan hermosa, no puedo evitarlo —me dedica una sonrisa llorosa mientras vuelvo a mirarme en el espejo, mi precioso vestido de marfil susurra un poco al girarme.

He estado esperando este día lo que parece una eternidad. Mi día de boda.

¡Mi día de boda!

—Oh, Pop, gracias. Sí, lo estoy. Estoy más que lista.

—¿Sin pies fríos para ustedes dos, eh? —Pop suelta una risa feliz.

—Nunca. ¿Lo has visto? —pregunto—. ¿Se ve bien?

Pop se encoge de hombros. —Lleva puesto un traje azul y...

—¡Pop! Sabes que no me refería a eso.

Él pone los ojos en blanco. —Se ve más o menos como tú ahora. Con cara de tonto y feliz. Nunca me había dado cuenta de que tenía unos dientes tan bonitos, Emmy, y los vi todos, sonreía de oreja a oreja.

Doy unos saltitos sobre las puntas de mis pies.

—¿Se ve feliz?

—*Encantado*, Emmy, mi niña, y no esperaba menos de él. Está ansioso por verlas a las *dos*.

Asiente hacia mi vientre, y paso suavemente la mano sobre mi barriga prominente. —Nosotras también estamos ansiosas por verlo.

Una tarde, hace seis meses, entré en la oficina de Drake para almorzar con él, olí la comida china que había traído del restaurante de la esquina, y rápidamente metí la cabeza en el inodoro mientras vomitaba.

Drake me sostuvo el pelo, frotando suaves círculos en mi espalda hasta que terminé, y después de acomodarme en su sofá, asomó la cabeza por la puerta y le pidió a Alice que concertara una cita con un ginecólogo para ese mismo día.

El hombre está tan en sintonía conmigo que supo que estaba embarazada incluso antes que yo. Ahora, dos años después de aquel día en el puesto de magdalenas, me pregunto cómo pude

dudar de él alguna vez. Realmente estamos hechos el uno para el otro.

—Tu abuela, habría dado cualquier cosa por estar aquí hoy, Emmy, mi niña —me dice Pop, acariciando mis mejillas con los ojos llorosos—. Pero ya que no puede estar, creo que esto tendrá que servir. —Saca un pequeño broche de plata y perla y lo fija a la correa de mi vestido con manos temblorosas.

—Oh, Pop —susurro, con la voz entrecortada—. Es precioso. —Y tan especial tener algo de mi abuela conmigo.

—¡Deja de hacerla llorar! —Alice prácticamente chilla, acercándose apresuradamente con un pañuelo.

Le lanzo una mirada de agradecimiento. —Alice, no puedo agradecerte lo suficiente por esto —digo, dándole un beso impulsivo en la mejilla.

Sonrojándose de placer, Alice me hace un gesto para quitarle importancia. Lleva un vestido largo de color amarillo pálido que combina perfectamente con mis flores. —Te las habrías arreglado.

—Todo se ve tan hermoso. No podría haber hecho *nada* de esto sin ti. Eres la mejor organizadora de bodas del mundo.

—Bueno, sí, lo soy. Me equivoqué de vocación trabajando para el Sr. Grant, ¿no? —Sonríe.

Alice y yo habíamos congeniado desde el principio. Danos una hora libre y hablaremos durante dos. Se sentía como la hermana mayor que nunca tuve la oportunidad de tener. Más de una vez, un Drake malhumorado salía como un trompo de su oficina y me arrastraba dentro cuando me dejaba llevar charlando con ella cuando se suponía que debía estar almorzando con él en el trabajo. *Nadie* se interpone entre el tiempo a solas de Drake Grant con su chica. Nadie. Y me encanta que esté tan loco por mí.

Alice coge mi ramo del tocador y me lo entrega, luego prende una rosa amarilla en la solapa de Pop.

—Bien, entonces. Cuenta hasta quince —dice—. No Mississippis. Solo un quince normal, y luego sígueme. Pop, aquí tienes un pañuelo, tus ojos están goteando de nuevo.

Le mete un pañuelo en la mano mientras sale apresuradamente de la habitación y un segundo después, oigo la música filtrándose.

Es hora del espectáculo.

Nerviosa y emocionada, me vuelvo hacia Pop, cuyos ojos efectivamente están "goteando" de nuevo. —Vamos, hombre duro. Es hora de que acompañes a tu nieta al altar.

EPÍLOGO 2

Drake

Diez años después

—Mamá, te ves hermosa —exclama alegremente nuestra hija de ocho años, Penny, y me doy la vuelta justo a tiempo para ver a mi Emmy entrar con un vestido verde oscuro muy parecido al que llevaba hace tantos años en nuestra primera cita, luciendo realmente hermosa.

—¿Llego tarde? —pregunta, viéndose un poco agitada mientras se inclina para darle un ruidoso beso en la mejilla a Penny—. Quería traer a Josh, pero estaba un poco inquieto, así que lo dejé con la niñera. Luego Pop llamó para preguntar cuántas galletas puede comer, y me retrasé.

—No, llegas justo a tiempo —me río—. Y te ves perfecta, Emmy. Ese vestido... —me interrumpo, lanzándole una sonrisa lobuna.

Ella me sonríe. —Tú tampoco te ves nada mal, Sr. Grant —se inclina para susurrar—. No puedo esperar para mostrarte lo que llevo debajo del vestido. Creo que eso te gustará un poco más.

—Drake —gruño, recordándole por millonésima vez que no me llame de otra forma que no sea mi nombre. Pero parece que le encanta provocarme, así que persiste. Y supongo que le funciona porque cada vez le doy un beso fuerte en los labios, recordándole quién es ella para mí y quién soy yo para ella.

—¡Puaj! —Penny arruga la nariz, y yo le revuelvo el pelo antes de indicarle que se una a Alice, quien está de pie a un lado con su marido, ocupada diciéndole a Emmy lo fabulosa que se ve.

Y realmente lo está. En los últimos diez años, se ha convertido en una belleza épica. Personalmente, preferiría saltarme esta ceremonia de corte de cinta e ir directamente a casa para hacerle el amor.

—No puedo creer que me hayas pedido cortar la cinta, Drake —suspira Emmy, luciendo emocionada mientras Alice y su esposo llevan a Penny afuera para participar en algunas de las divertidas actividades que ofrece nuestro día de inauguración, dejándonos a Emmy y a mí solos —. Todo el lugar se ve increíble. Todo está tan reluciente.

—Por supuesto que te lo pedí. Eres la única a quien querría para inaugurar este lugar —digo, haciendo un gesto con la mano alrededor de la nueva sucursal de mi negocio. Esta en Nueva York, que después de meses de planificación y equipamiento, finalmente está lista para abrir al

público.

De hecho, esta es la más grande hasta ahora. Emmy y yo trabajamos duro en el lugar durante meses, revisando cada detalle meticulosamente. Ella ha sido mi mano derecha, adaptándose al negocio más rápido de lo que yo lo hice.

—Bueno, me siento honrada de ser quien corte la cinta. Y estoy muy orgullosa de ti, Drake.

—Deberías estar orgullosa de nosotros. Hicimos esto juntos.

Ella mira alrededor y llena sus pulmones mientras permite que una sonrisa de orgullo se apodere de ella. —Sí. Pero tú hiciste realidad todos mis sueños, Drake. Cuando me sacaste de ese puesto de magdalenas, cambiaste mi vida para mejor. He estado agradecida desde entonces.

Deslizando mi brazo alrededor de su cintura, la acerco más a mí. —En ese caso, puedes mostrarme tu agradecimiento más tarde esta noche.

—Sabes, dices eso mucho, pero siempre soy yo quien obtiene los múltiples... —mira alrededor para asegurarse de que nadie pueda oírla— ya sabes qué, cada vez.

—Eso es porque es mi placer darte placer, magdalena —digo, dejando caer un beso en su nariz—. De hecho... —agarro su mano y, mirando mi reloj, calculo que tenemos justo el tiempo suficiente antes de que se supone que comience la ceremonia.

—¿A dónde vamos? —Se ríe, apresurándose tras de mí mientras la llevo a la oficina principal y cierro la puerta con llave.

—A un lugar privado para que pueda cuidarte. Ahora, mi hermosa esposa, pon tu dulce trasero en ese escritorio y quítate la ropa interior. Me gustaría comenzar este día comiéndome mi magdalena.

Emmy se ríe y hace exactamente eso, y no puedo evitar mirarla y darme cuenta de lo bendecido que soy. Hace diez años, cuando entré en ese centro comercial, no tenía idea de cuán masivamente iba a cambiar mi vida. Pero una década, dos hijos y un montón de amor y aprendizaje para confiar después, no podría ser más feliz. Emmy es mi alma gemela. Y ninguna diferencia de edad o crianzas complicadas pueden cambiar eso. Juntos, el mundo simplemente parece estar bien. Separados... bueno... ni siquiera lo intentamos para averiguarlo. Ella sabe que siempre estoy aquí para ella, al igual que yo sé que ella es mía. Estamos juntos en esto hasta el final. Después de todo, ella dijo que podía quedármela. Así que, supongo que eso la hace mía. Y nunca la dejaré ir.

~

Lo próximo de Megan: Volvemos a reírnos a carcajadas en Quilts & Chuckles, el libro 2 de la serie Happy Curves.

~

Para descubrir más lecturas rápidas y picantes de amor instantáneo de Megan Wade, suscríbete a su boletín: https://www.subscribepage.com/meganwade

Síguela en Facebook: https://www.facebook.com/meganwadeauthor/

Únete a su grupo Sweeties: https://www.facebook.com/groups/959211654464973

Síguela en Instagram: https://www.instagram.com/meganwadewrites/

OTRAS OBRAS DE MEGAN WADE

Novels

Faking it for Christmas

Mine for the Holidays

Holiday Husband

Wrong/Wright Series

Wrong Car, Wright Guy

Wrong Room, Wright Girl

Wrong Place, Wright Time

The Curves of Wall St.

Wall St Jerk

Wall St. Rascal

Wall St. Player

Wall St. Tease

Wall St. Grouch

Novellas

Curves on Ice

Pucked in the Kitchen

Checked in Love

Quirky Curves

Bean Flicker

Nut Grabber

Bun Sticker

Heartstones & Curves

Whisper of the Wolf

Candles & Curves

His Sunshine

His Silver Lining

His Starlight

His Little Bird

Hermits & Curves Series

Sunshine & the Recluse

Serenity & the Hermit

Sweetheart & the Grouch

Sugar and the Skeptic

Cocktails & Curves Series

Swipe for a Cosmo

Old Fashioned Sweetie

Dark & Stormy Darlin'

Cute as a Lemon Drop

Happy Curves Series

Sheets & Giggles

Quilts & Chuckles

Blankets & Laughter

Cushions & Cackles

Curves Just Wanna Have Fun

Half Baked

Deep, Deep Donuts

Unexpected Sweetheart

Drink it Down

Sweet Ride

The Not So Silent Night

Everything for Cillian

Wedded Curves Series

Whoa! I married a Mountain Man!

Whoa! I married a Billionaire!

Whoa! I married the Pitcher!

Whoa! I Married a Rock Star!

Whoa! I Married a Biker!

Sugar Curves

Sugar Honey Ice Tea

Yikes on a Cracker

What the Hell-o Kitty-Kat

Horse's Ask

Holy Cannoli

Hells Bells & Taco Shells

Holy Frozen Snowcones

Son of a Nutcracker

Sweet Curves Series

Marshmallow

Pumpkin

Pop

Sugarplum

Cookie

Sucker

Taffy

Toffee Apple

Peaches & Cream

Cupcake

Cheesecake

Royal Curves

Full series boxset, exclusive to buy on Amazon

Collaborations

518 Hope Ave (Cherry Falls)

On the Wild Side

Morning Wood

PONTE EN CONTACTO CON MEGAN WADE



Megan Wade es una chica sencilla que cree en el amor a primera vista y en las almas gemelas. Está obsesionada con los finales felices y Hallmark es su marca favorita para todo. Cada historia de Megan Wade lleva su 'Promesa de Azúcar' de Romance Exagerado, Héroes Alfa, Heroínas con Curvas, Poco Drama, Mucho Calor y un Final Feliz Garantizado. ¿Qué podría ser mejor que eso?

Correo electrónico: contact@meganwadebooks.com

Boletín: Obtén una copia de Rowdy Prince GRATIS cuando te registres y confirmes: https://www.subscribepage.com/meganwade_freebie

Seguir en Amazon: haz clic en 'seguir' en Amazon cuando aparezca la ventana de calificación en tu dispositivo para que la aplicación de Kindle te notifique sobre nuevos lanzamientos.

Facebook: https://www.facebook.com/meganwadeauthor/

Grupo Sweeties: https://www.facebook.com/groups/959211654464973

Instagram: https://www.instagram.com/meganwadewrites/